

CREO EN DIOS PADRE Y MADRE
DESCUBRIENDO LO FEMENINO MATERNO DE DIOS

DAIRO DE JESÚS CODINA FARÍAS

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
PROGRAMA DE CARRERA EN TEOLOGÍA
BOGOTÁ, 2014

CREO EN DIOS PADRE Y MADRE
DESCUBRIENDO LO FEMENINO MATERNO DE DIOS

DAIRO DE JESÚS CODINA FARÍAS

Trabajo de grado para optar al título de
Teólogo

Director

Pbro. Ignacio Madrea Vargas, SDS.
Doctor en Teología y Ciencias de la Religión

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
PROGRAMA DE CARRERA EN TEOLOGÍA
BOGOTÁ, 2014

AGRADECIMIENTOS

A Dios Padre y Madre quien ha inspirado los frutos de todo este trabajo; es el resultado de un camino en la fe, en la oración, en la experiencia espiritual y relacional con muchas personas que al igual que yo buscamos acercarnos más a la divinidad desde un nuevo lenguaje y nuevas vivencias.

Gracias a la sociedad salesiana, la cual me ha acompañado en todo mi proceso formativo, sobre todo en el conocimiento y seguimiento a Jesucristo. A la Pontificia Universidad Javeriana y a cada uno de los docentes que desde sus reflexiones me dieron elementos para interpretar la acción de Dios en mi propia historia y en la del mundo. Al p. Ignacio Madera y a la profesora Socorro Vivas a quienes les agradezco de corazón su acompañamiento en el desarrollo de este trabajo.

A mis padres y mis hermanas, quienes con su amor y cercanía me han apoyado siempre. Gracias también a todas las mujeres que han sido mediación para descubrir otras manifestaciones de Dios y que con sus aportes ayudaron en todo este proceso. Gracias a los Aspirantes y Prenovicios, que también fueron un gran apoyo en este proyecto y quienes desde sus preguntas iban generando en mí nuevas reflexiones que me impulsaban a buscar esas respuestas que Dios depositaba en mi interior y en mi intelecto.

Nota de aceptación

Firma del presidente del Jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de síntesis; sólo velará por que no se publique nada contrario al dogma y la moral católica y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien, se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia (Reglamento General de la Pontificia Universidad Javeriana. Artículo 23 de la Resolución No. 13 del 06 de junio de 1964).

Bogotá, D.C., 2014

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	6
1. LAS ESCRITURAS NOS REVELAN LO FEMENINO-MATerno DE DIOS	10
1.1 La maternidad de Dios revelada al pueblo de Israel (Antiguo Testamento).....	13
1.2 El Espíritu y la Sabiduría, otra manifestación femenina de Dios en las Sagradas Escrituras	18
1.3 La paternidad y la maternidad de Dios en Jesús de Nazaret.....	20
2. EL LENGUAJE PATRIARCAL SOBRE DIOS Y LO FEMENINO-MATERNAL... 26	
2.1 Jesús, las mujeres y el lenguaje materno sobre Dios	27
2.2 Descubriendo a un Dios con entrañas maternas	32
2.3 Jesucristo, una madre que redime en el amor de Dios.....	37
3. UNA NUEVA PALABRA SOBRE EL MISTERIO DE DIOS	44
3.1 Masculino y femenino en Dios y en sus creaturas.....	45
3.2 Hombre y Mujer partícipes de lo femenino-materno de Dios	50
3.3 Una nueva concepción de Dios en la Iglesia para el mundo.	52
CONCLUSIONES.....	58
BIBLIOGRAFÍA	60

INTRODUCCIÓN

Sin duda, una confesión como la de creer en Dios Padre y Madre puede causar conflictos en la fe de muchos creyentes a la hora de ahondar en el misterio de la divinidad. Ante este planteamiento cabe recordar que durante siglos, algunos contextos y religiones han sido enmarcados en una cultura patriarcal y machista, la cual ha inculcado en sus miembros la creencia de un Dios Padre, dándole así un género masculino predominante, donde se niegan o rechazan imágenes femeninas y maternas que se hallan en Dios.

Esta realidad se ve latente en el uso del lenguaje y en las diversas experiencias de fe de muchos cristianos. Puede percibirse también en muchos hombres y mujeres con los que se tiene una experiencia relacional tal como la familia, amigos e incluso en las mismas comunidades eclesiales donde se realizan labores pastorales y evangelizadoras. Todo esto es obviamente, consecuencia de construcciones culturales netamente patriarcales, que a su vez se han visto reflejadas en las grandes religiones históricas, que estructuran su experiencia originaria de lo divino en dichos códigos patriarcales y caen así, en reduccionismos, de allí la necesidad de despatriarcalizar dicho lenguaje¹.

Para ello, lo que se pretende entonces, es resaltar y dar a conocer desde las Sagradas Escrituras y a través de la reflexión teológica que lo femenino-materno también está en Dios, que hace parte de ÉL-ELLA y que esto se puede constatar en sus creaturas; es decir, en hombres y mujeres. De este modo poder llegar a concebirle no sólo como Padre sino también como Madre, dando paso así a una aceptación más integral del misterio mismo de Dios revelado a Israel, en y por Jesús de Nazaret.

¹ Boff, *Femenino y masculino: una nueva forma para el encuentro de las diferencias*, 66.

El ejercicio investigativo y reflexivo para este trabajo que estará enmarcado en la identificación de los rasgos femeninos y maternos de Dios, no desconocerá los rasgos paternos. Este planteamiento evidentemente ya sitúa en una nueva mirada sobre Dios, y permite a hombres y mujeres tomar conciencia de su integridad y naturaleza concedida por el Creador(a), de quien se es imagen y semejanza.

Por consiguiente en el transcurso de este trabajo, para poder hablar de la paternidad y maternidad en Dios, será inevitable referirse a los términos de masculino y femenino, de hombre y mujer respectivamente.

Ahora bien, ha habido autores que desde su quehacer teológico han propuesto un simbolismo femenino de Dios desde la pneumatología y la mariología, pero es necesario dejar claro que este trabajo no estará enmarcado desde estas comprensiones; sino que se parte de las Escrituras y de la experiencia misma de hombres y mujeres que son plena manifestación de ÉL-Ella, de ese SER que puede aceptarse como Padre y Madre, y de quien todo ser humano procede.

El camino que se recorrerá para desarrollar esta propuesta, parte en un primer momento de esa identificación ya mencionada, para ello se hará referencia a textos del Antiguo y Nuevo Testamento, a través de los cuales se busca rescatar algunos rasgos femenino-maternales de Dios, obviamente sin desconocer, como ya se dijo, las referencias paternas.

En un segundo momento, se harán algunos aportes que intentan dilucidar cómo los rasgos femenino-maternales de Dios deconstruyen y conciben una nueva palabra sobre el misterio de su divinidad, así podrá despatriarcalizarse el lenguaje sobre Dios para integrarlo con su maternidad.

De igual manera, se presentará también a la mujer como creatura que permite hablar analógicamente de lo femenino y materno en Dios, lo cual significa una invitación a no ver más en la mujer un símbolo de mal y de pecado, por ello se señalarán también algunas

actitudes de Jesús en relación con ellas, de modo que se reconozca su dignidad ante los ojos de Dios y de la humanidad.

Así las cosas, en la orientación de este lenguaje para un Dios que se descubre como Madre, se manifiesta además su amor misericordioso que salva y redime a sus creaturas por medio de su Hijo. En este sentido, se mencionarán los aportes de una mujer mística, Juliana de Norwich, quien se refiere a Jesús-Cristo como “Nuestra Madre”, en cuanto a que engendra de nuevo a la humanidad en la vida divina y la une de nuevo a Dios Trinidad por medio de la remisión de los pecados.

Por otra parte, se indica también la integración de las dos dimensiones (masculinas y femeninas) en la persona de Jesús, de donde se puede inferir que si en él se integran, en Dios también, pues hace parte de la unidad pericorética del misterio de la Trinidad.

Con todo y como ya se mencionó, no se pretende excluir o cambiar la concepción que se tiene de Dios como Padre, propias de la tradición y de un sin número de experiencias religiosas y espirituales de hombres y mujeres a través de la historia. No se trata de abarcar todo su misterio. Lo que se quiere es resaltar y dar a conocer que en Dios también se halla lo femenino para llegar a comprenderlo como madre, dando paso así a una comprensión integradora de la divinidad que también se ve reflejada en la humanidad, y que al aceptar su paternidad y su maternidad implica también pensarla en masculino y femenino.

En tercer lugar, se busca a través de algunas orientaciones, que tanto hombres como mujeres sean conscientes de su imagen y semejanza en Dios, trazando un camino que permita formar seres humanos nuevos para la Iglesia y para el mundo.

Por tal motivo se recurre al texto bíblico de Gn 1, 27, que quizás muchos han utilizado para dar argumentos de peso que permitan que los seres humanos reconozcan su ser en Dios, puesto que reconocer y concebir a Dios con los rasgos ya mencionados, podría ofrecer elementos que apunten al equilibrio en las relaciones sociales entre los seres humanos.

Finalmente, se invita a apreciar cómo la religión goza de una gran influencia en la forma como se orienta la fe de las personas al interior de sí mismas. De ahí que se sugiera que al interior de la misma Iglesia se pierda el miedo de proponer un lenguaje más integrado, donde se reconozca la dimensión femenino-maternal de Dios, sobre todo en los procesos de evangelización, para poder así dar paso a nuevas experiencias espirituales que ayuden a acercarse más al misterio de la divinidad para bien de toda la Iglesia.

Para todo este cometido se hará uso de la *hermenéutica de la sospecha*, método propuesto por la teología feminista. Con él se pretende plantear una nueva lectura interpretativa de los textos bíblicos, demostrando que muchos de estos han sido patriarcalizados por intérpretes que han proyectado sus prejuicios culturales androcéntricos; por ello se propone que la Biblia debe ser *despatriarcalizada* para ofrecer a hombres y mujeres de hoy una nueva palabra sobre Dios que les permita liberarse de algunas concepciones recibidas de la tradición. Así podrá usarse un lenguaje metafórico en términos femeninos sobre Dios, como padre y madre, buscando feminizar la teología y a Dios Trino, sin desconocer por supuesto, la tradición recibida².

No obstante, debe dejarse claro desde este momento que no se trata de atribuirle a Dios un género a través de categorías cognitivas, ya que se caería en una limitación de lo que es Dios: (Ser imposible de definir con el mero uso del pensamiento y el lenguaje humano). Tampoco se alude a un lenguaje sexista sobre Dios. Se trata más bien, de tomar conciencia de que la humanidad está constituida por hombres y mujeres creados a imagen y semejanza suya; lo cual deja entrever que Dios también está constituido por lo femenino, por lo materno, y que no es exclusivamente una imagen masculina y paterna como habitualmente se ha profesado.

² Vélez, “Teología de la mujer, feminismo y género”, 545 – 563.

CAPITULO I

1. LAS ESCRITURAS NOS REVELAN LO FEMENINO-MATERNO DE DIOS

*¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo
y no podéis discernir las señales de los tiempos!
(Mt 16, 3)*

Crear en Dios Padre y Madre es dejarse abrazar por una experiencia de fe más profunda; es dar paso a otras dimensiones de la revelación de la divinidad reflejadas en la creación y a través de las que pueden existir canales de comunión y comunicación que permitan acercarse y conocer más el misterio, para sumergirse en una verdadera relación de amor.

Cuando se trata de dar razones de la fe, que en últimas es la manifestación de ese amor, el quehacer teológico busca, a través de la Palabra de Dios, - que realiza su acción salvadora y liberadora-, una respuesta salvífica en las circunstancias de todos los tiempos. Y hoy, por ejemplo, nos encontramos con algunas señales significativas, entre ellas, la de reconocer lo femenino-materno de Dios, a quien tradicionalmente nos hemos dirigido con el nombre de padre.

Es por eso que una teología renovada, que sepa leer las señales de los tiempos debe abrirse a otras imágenes donde se incluyan símbolos femeninos que también están intrínsecamente en Dios.

Sin duda esto lleva a tumbar ciertos paradigmas que se tienen desde antaño, y seguramente frente a la aceptación de Dios como madre, existirán muchas resistencias. Pero quien se resista se le invita a recordar: que tanto hombres como mujeres nacieron de una madre, ser femenino; quien también es imagen de Dios. De modo que la maternidad, propia de la mujer puede verse como una posible manifestación de la maternidad divina en Dios.

Entonces ¿Por qué no reconocer que Dios además de ser un padre, también puede ser madre?

Las primeras nociones que puedan tenerse de Dios desde la infancia tienen connotaciones patriarcales y éstas, se van incrementando posteriormente en el contacto con la sociedad y la tradición. Esto ha tenido como consecuencia una supremacía, a nivel social, donde se cree que el ser humano masculino, “es” el que más se aproxima y asemeja a su creador³.

En este mismo sentido, Ana María Rizzuto, una psicoanalista, en su texto *un Dios y dos géneros* expresa que “Cuando la mente humana confronta la situación de tener que concebir lo invisible, recurre a fuentes sensoriales de representación que puedan conformarse con el ser o la realidad imperceptible”⁴.

No obstante, vale la pena considerar que “todo conocimiento humano de Dios es analógico y, como enseña la tradición, cuando se confrontan con Dios ciertos aspectos de la realidad humana o de la creación, las analogías son siempre más disímiles que símiles”⁵ y esto no pocas veces se olvida, puesto que éstas son sólo una aproximación develadora, que no deja de ser parcial y limitada.

Ahora bien, no se puede negar que la concepción patriarcal de Dios ha marcado fuertemente la experiencia espiritual en las diferentes religiones monoteístas del mundo a través de la historia. Al respecto, la experiencia religiosa judeo-cristiana se presenta como una expresión eminentemente masculina, donde por ejemplo, el varón organiza y preside la comunidad cristiana, y en donde se presenta a Dios como Padre.

Esta comprensión en torno a la revelación de Dios es resultado de un proceso sociocultural y religioso con una experiencia espiritual androcéntrica, en la que lo patriarcal es primario

³ Ver: Gebara, *Intuiciones ecofeministas: ensayo para repensar el conocimiento y la religión*. 135.

⁴ Rizzuto, “Un Dios y dos géneros. religión, género y sexualidad”, 59-73.

⁵ Bautista, Esperanza. “Dios”, 116.

y lo femenino desempeña una función secundaria⁶. El problema quizás se agudiza cuando en una sociedad machista y patriarcal, muchas veces se rechaza la posibilidad de aceptar a Dios con rasgos femeninos.

Será pues, necesario, dejarse ayudar por los aportes de la teología feminista, la cual apela por una nueva hermenéutica donde se postula que con la renovación de las ciencias bíblicas pueden descubrirse nuevos elementos del mensaje bíblico que hasta ahora no han sido tomados en cuenta o han sido ignorados⁷, y que permitirán así, ir al rescate de la imagen femenina de Dios y por ende, de su maternidad. En consecuencia, la teología feminista propone releer, sobre una nueva óptica, los datos de la Escritura y la tradición, redescubriendo y rescatando lo femenino-maternal en Dios que ha sido silenciado.⁸

A través del método propuesto por esta corriente teológica⁹ se pretende, en primera instancia, identificar y rescatar de las Sagradas Escrituras la imagen femenino-maternal de Dios, revelado a Israel y en Jesús de Nazaret, que permitan enriquecer la experiencia de fe en hombres y mujeres; y poder así redefinir la lectura e interpretación bíblica desde una perspectiva feminista, superando aquellas traducciones androcéntricas, y de esta manera llevar a cabo un intento de despatriarcalización de las imágenes que se le han atribuido a Dios desde la Biblia.

El acto revelatorio de Dios manifestado en las Sagradas Escrituras, se ha dado a través del acontecer histórico del pueblo de Israel y en Jesús de Nazaret; hechos concretos y fenomenológicos que es necesario sean percibidos desde un campo hermenéutico abierto a la interpretación del sentido, llegando a comprender el referente fundamental que establece

⁶ Ver: Boff, *El Rostro Materno de Dios, Ensayo interdisciplinar sobre lo femenino y sus formas*, 79.

⁷ Vélez, *Teología de la mujer, feminismo y género*, 548.

⁸ Idem, *El método teológico, Fundamentos, especializaciones, enfoques*, 225.

⁹ El método de la teología feminista propone una interpretación bíblica partiendo de la hermenéutica de la sospecha. Al respecto, Carmen Bernabé, sugiere un acercamiento a la Biblia para desenmascarar traducciones e interpretaciones sexistas y androcéntricas y recuperar el lenguaje, las metáforas e imágenes femeninas sobre Dios. Bernabé, "Biblia", 31.

cómo se devela Dios a sus creaturas¹⁰, sin llegar a agotar los sentidos abiertos de dicha comprensión en el devenir humano de la historia.

En este sentido, el horizonte de comprensión sobre el que se apoya esta reflexión, debe partir de la identificación y rescate de aquellos rasgos femenino-maternales que han sido revelados desde los Textos Vetero-testamentarios y los Evangelios. Y para abordar dicho tema será necesario referirse a la feminidad y a la maternidad, indistintamente pues ambas están íntimamente unidas.

1.1 La maternidad de Dios revelada al pueblo de Israel (Antiguo Testamento)

El principal objetivo en este apartado es identificar y rescatar un legado femenino-maternal sobre Dios en los textos del Antiguo Testamento, que pueden llegar a ser útiles para redescubrir y reinterpretar las tradiciones ya existentes.

En primer lugar, es pertinente señalar que en la cultura judía, de donde bebe el cristianismo, se ha tenido una visión de Dios como Padre, paternidad que está motivada por una intervención salvífica.

En algunos apartados del Antiguo Testamento encontramos por ejemplo: “¿No es Él tu padre, el que te creó, el que te hizo y te fundó?” (Dt 32,6b); “Así dice Yahveh: Israel es mi hijo, mi primogénito” (Ex. 4, 22); “Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo”. (Os 11, 1); “Con lloro vienen y con súplicas los devuelvo, los llevo a arroyos de agua por camino llano, en que no tropiecen. Porque yo soy para Israel un padre, y Efraím es mi primogénito”. (Jr 31, 9); “Yahveh, tú eres nuestro Padre. Nosotros la arcilla, y tú nuestro alfarero, la hechura de tus manos todos nosotros”. (Is 64, 7). Esto sólo por mencionar algunas referencias bíblicas.

¹⁰ Parra, *Textos, contextos y pretexto*, 31.

En este mismo clima en el que se reconoce un lenguaje paternal, que no excluye la ternura, es posible rescatar también aquellos rasgos femeninos-maternales que brinda el Antiguo Testamento y con los que se devela el actuar de Dios para el pueblo de Israel y que sin duda, ayudará a profundizar y redescubrir una nueva experiencia de fe dada por una fuerza espiritual creadora que sólo nace de Dios mismo.

En el Evangelio de Juan se enuncia que “nadie ha visto jamás a Dios” (Jn 1, 18a), sólo su Hijo Jesucristo, quien procede de Él (Jn 7, 27-29). Al no conocerlo, se acude a analogías para hablar de su existencia, se evocan experiencias cotidianas y de la misma creación; porque diga lo que se diga nada puede llegar a abarcarlo; de lo contrario dejaría de ser Dios.

En este sentido, el Antiguo Testamento ofrece algunas expresiones, que tienen como fuente la experiencia del pueblo de Israel, donde también se compara a Dios con una madre, o con algunos rasgos que expresan su femenino. Esto contribuirá a tener una nueva perspectiva desde los textos, permitiendo posteriormente, un horizonte de comprensión que dé sentido a la vida misma del ser humano, ejerciendo en éste, un propósito de redención y salvación a través de la historia.

A continuación se citan textos Vetero-testamentarios que permiten vislumbrar que Dios también se revela desde rasgos femeninos-maternales que hablan de su maternidad divina:

En tierra desierta le encuentra, en la soledad rugiente de la estepa. Y le envuelve, le sustenta, le cuida, como a la niña de sus ojos. (Dt 32, 10)

Como un águila incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así él despliega sus alas y te toma, y le lleva sobre su plumaje. (Dt 32, 11)

¡Desdeñas a la Roca que te dio el ser, olvidas al Dios que te engendró! (Dt 32, 18)

Previo a estos textos del Deuteronomio, es posible ubicar una serie de calificativos atribuidos a Dios, entre ellos el de roca, de Dios leal, justo y recto (Dt 32, 4); además del de

padre que los creó, que los hizo y constituyó (Dt 32,6b). A estas expresiones se añaden luego las de: el que sustenta y cuida, como a la niña de sus ojos (v. 10); como el águila que incita y revolotea sobre sus polluelos para tomarlos y llevarlo sobre sus plumas (v. 11). Éstas sin duda, son palabras que denotan ternura y cuidado hacia el pueblo que engendró y le dio el ser (v. 18).

En Job (38, 8-9. 28-29) se narra:

Quién encerró el mar con doble puerta, cuando del seno materno salía borbotando; cuando le puse una nube por vestido y del nubarrón hice sus pañales. (Job 38, 8-9)

¿Tiene padre la lluvia? ¿Quién engendra las gotas de rocío? ¿De qué vientre sale el hielo? ¿Quién da a luz la escarcha del cielo? (Job 38, 28-29)

Estos pasajes que se ubican en la cuarta parte del libro, es el primero de los dos discursos de Yahvé donde reprende a Job y lo reta a que haga todas las maravillas creadas. Aquí, en la creación del mar, Dios puso las compuertas cuando *del seno materno salía borbotando* y los nubarrones son comparados con pañales. Además, del vientre del creador sale el hielo y se da a luz la escarcha del cielo (v. 28-29). Véase entonces, cómo en este texto, se expresa metafóricamente que Dios da a luz a la creación, siendo la madre de ésta; revelándose con cualidades femeninas-maternales que hacen posible la creación del mar, de las nubes, de la lluvia y de la escarcha del cielo.

Mírese ahora los textos encontrados en Isaías:

Estaba mudo desde mucho ha, había ensordecido, me había reprimido. Como parturienta grito, Resoplo y jadeo entrecortadamente (Is 42, 14)

¡Ay del que dice a su padre!: «¿Qué has engendrado?» y a su madre: «¿Qué has dado a luz?»

Así dice Yahveh, el Santo de Israel y su modelador: ¿Vais a pedirme señales acerca de mis hijos y a darme órdenes acerca de la obra de mis manos? (Is 45, 10-11)

¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido (Is 49, 15)

Antes de tener dolores dio a luz, antes de llegarle el parto dio a luz varón.

¿Quién oyó tal? ¿Quién vio cosa semejante? ¿Es dado a luz un país en un solo día? ¿O nace un pueblo todo de una vez? Pues bien: Tuvo dolores y dio a luz Sión a sus hijos.

¿Abriré yo el seno sin hacer dar a luz - dice Yahvé - o lo cerraré yo, que hago dar a luz? - Dice tu Dios.

Alegraos, Jerusalén, y regocijaos por ella todos los que la amáis, llenaos de alegría por ella todos los que por ella hacíais duelo; de modo que maméis y os hartéis del seno de sus consuelos, de modo que chupéis y os deleitéis de sus pechos abundantes.

Porque así dice Yahveh: Mirad que yo tiendo hacia ella, como río la paz, y como raudal desbordante la gloria de las naciones, seréis alimentados, en brazos seréis llevados y sobre las rodillas seréis acariciados. Como uno a quien su madre le consuela, así yo os consolaré (y por Jerusalén seréis consolados) (Is 66 7-13)

En los fragmentos previamente citados se muestran también algunas expresiones que llaman mucho la atención y que dan fuerza a lo que se intenta plantear en este primer capítulo, verbigracia: “Como parturienta grito, Resoplo y jadeo entrecortadamente” encontradas en (Is 42, 14). Ante la opresión que experimenta el pueblo, Yahvé está impaciente y se desespera por hacer justicia como cuando una mujer está inquieta y adolorida a punto de dar a luz. Los dolores de parto son la mejor metáfora que señalan el desasosiego e inquietud que despierta el deseo de salvar e impartir justicia a su pueblo escogido: Israel, al que no olvida ni abandona pese a su desobediencia y terquedad. También dirá: “¿Acaso puede una mujer olvidar a su niño de pecho, al hijo de sus entrañas? Pues, aunque esto llegase a suceder Yahvé nunca olvidará al pueblo nacido de sus entrañas” (Is 49, 15).

Ahora, frente a (Is 45, 10-11), precedido por el versículo 9, Yahvé amonesta a quienes cuestionan sus obras creadas revelándose en su contra, pues Él es el modelador de todo;

incluso, de lo engendrado en el vientre de una madre, hasta el mismo vientre que luego ha de dar a luz, ha sido diseñado y creado por sus manos.

En el último capítulo del mismo libro, en los versos del 7 al 13 se anuncia el nacimiento de una nueva Nación, que gozará del consuelo de Yahvé que se describe como una madre que da a luz (v. 9), que alimenta, que en los brazos lleva y en sus rodillas acaricia (v. 13).

Por su parte, en el libro del profeta Jeremías se halla:

¿Es un hijo tan precioso para mí Efraím, o niño tan mimado, que tras haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía? Pues, en efecto, se han conmovido mis entrañas por él; ternura hacia él no ha de faltarme - oráculo de Yahveh. (Jr 31, 20)

Aquí el profeta recibe palabras de parte de Yahvé, quien promete a su pueblo retornar a la tierra que dio a sus padres, pese a sus enormes pecados (Jr 30,14), pues halló en ella gracia y conversión en el desierto (Jr 31, 2). Ante tal realidad, Yahvé muestra su misericordia y su compasión dejando volver a sus hijos a su territorio. A pesar de que ha dado tanto que hablar, Yahvé lo sigue recordando, no se olvida de él (Is 49, 15), como no lo haría un Dios a quien se le conmueven sus entrañas de madre y a quien la ternura no le ha de faltar (Jr 31, 20) porque es Dios.

Finalmente, al leer (Os 11, 1, 3-4) se percibe un sentimiento melancólico de parte de Yahvé, pues su pueblo ha rechazado su amor y desconocido sus cuidados desde la niñez. Aun así, este amor es tan incondicional y sin límites que estremece el corazón a la vez que se estremecen sus entrañas.

Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Yo enseñé a Efraím a caminar, tomándole por los brazos, **pero ellos no conocieron que yo cuidaba de ellos.** Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer. (Os 11, 1, 3-4)

“¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel? ¿Voy a dejarte como a Admá, y hacerte semejante a Seboyim? Mi corazón está en mí trastornado, y a la vez se estremecen mis entrañas”. (Os 11, 8)

Como puede evidenciarse en los pasajes antes expuestos, se hallan diferentes aspectos del ser madre que denotan un lenguaje femenino para un Dios que en muchas creencias religiosas se ha pensado como padre, debido a diversos procesos culturales y a un sistema patriarcalizado en la sociedad humana, que se agudiza por el hecho de que la socialización de cultos religiosos va pasando de una generación a otra¹¹.

Así las cosas, continuando con la identificación y rescate de los rasgos femenino-maternos de Dios, se plantean ahora dos conceptos que vale la pena mencionar porque permitirán seguir conociendo su naturaleza femenina, expresados en las Sagradas Escrituras.

1.2 El Espíritu y la Sabiduría, otra manifestación femenina de Dios en las Sagradas Escrituras

Existen dos términos hebreos de género femenino, que se le atribuyen a Dios: *Ruah* (*Espíritu*) y *Hokmah* (*Sabiduría*). Cabe aclarar que no siempre un género gramatical determina la masculinidad o feminidad de un objeto. No obstante, los usos lingüísticos contribuyen a su determinación. En este punto, es importante tener en cuenta que al hacer referencia a Dios, éstos no pueden entenderse en categorías sexuales, pues Dios Espíritu trasciende estas categorías.

En cuanto la palabra hebrea *Ruah*, es femenina y equivale a *pneuma* en Griego, de género neutro, mientras que en Latín, la palabra más usada es *spiritu*, y es masculina¹². Llama la atención, que para referirse al mismo Espíritu divino, de algún modo, con estos términos se vinculan los tres géneros: Femenino, Neutro y Masculino, por lo que una vez más se

¹¹ Bautista, Esperanza. “Dios”, 107.

¹² Jhonson, *La que es, El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 117.

advierte que dichos géneros pueden emplearse como una figura metafórica para hablar de Dios.

Sin duda, una relectura de todos los textos mencionados con anterioridad, permitiría a la teología feminista hacer una nueva interpretación que evidencia que Dios es espíritu puro y que está más allá de una polaridad de lo sexual. Es por ello, que muchas teólogas y teólogos como Manfred Hauke, afirman que estos son temas actuales de reflexión teológica y por tanto, han de tomarse en serio, asumiéndolos como elementos simbólicos femeninos a la hora de hablar del Espíritu Santo¹³.

Quizá más explícita y mencionada con más frecuencia en el Antiguo Testamento, se ubica la Sabiduría: en hebreo *hokmah*, que en griego fue traducida como *sophia* y en latín *sapientia*. Al igual que *Ruah*, éstas tres también son de género gramatical femenino y son presentadas como dadoras de vida.

La sabiduría es la que aparece junto a Dios en los momentos de la creación; ella existía desde antes del comienzo del mundo, y por ser creadora, haciendo surgir de la nada las cosas, se le podría atribuir una personificación femenina que se halla en el ser mismo de Dios.

La sabiduría divina, que se encarga de ordenar el cosmos, de poner todo en su lugar, de hacer que cada cosa se dé a su debido tiempo, se describe también como una figura femenina que revela la sabiduría de Dios y su presencia divina en la creación. Así lo señala Proverbios capítulo 8 y el libro de la Sabiduría capítulo 9, textos del Antiguo Testamento¹⁴.

No obstante, esta idea también va a ser asumida por algunos autores del Nuevo Testamento, quienes la refieren como logos o Hijo de Dios, yuxtaponiendo a esta figura femenina una

¹³ Hauke, “La discusión sobre el símbolo femenino de la imagen de Dios en la pneumatología”, 1006.

¹⁴ De Miguel, “Cristo”, 67.

masculina, la de Jesús de Nazaret¹⁵, desarrollándose así una teología trinitaria que no desconoce sino integra su carácter femenino, y una cristología que concibe a Jesús como hijo de *sophia* y como su profeta¹⁶: “Por eso la sabiduría de Dios también dijo: Les enviaré profetas y apóstoles”. (Lc 11, 49)

Así pues, puede inferirse que la sabiduría es la palabra, que la palabra estaba con Dios, la palabra era Dios, que todo se hizo por ella; lo que se hizo en ella era la vida y la vida era la luz de los hombres. La palabra era esa luz verdadera que ilumina a todo hombre y esa palabra, que es luz se hizo carne y puso su morada entre nosotros (Jn 1).

Dios inabarcable se revela en su Hijo Jesús de Nazareth, el Cristo, el Verbo hecho carne; para morar en medio de sus creaturas (Mt 1, 23). Es momento de dar paso ahora al Nuevo Testamento, pues en Jesús también se puede identificar ese lenguaje acerca del Dios que Él quiso mostrar a la humanidad de todos los tiempos.

1.3 La paternidad y la maternidad de Dios en Jesús de Nazaret

En (Jn 6, 46) Jesús proclama: “No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre”; por ende, el que ha visto a Jesús, ha visto al Padre (Jn 14, 9), Él está en el Padre y el Padre está en Él (Jn 14, 10). Sin duda, esta afirmación encierra un verdadero misterio...

Jesús ha recibido todo su ser del Padre por el Espíritu, así se revela en el misterio de la encarnación: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 35). Jesús es consciente de su ser en el Padre, por eso dice: “Yo y el Padre somos uno solo” (Jn 10,

¹⁵ *Ibíd.*, 67-68.

¹⁶ *Ibíd.*, 83.

30), mostrando así su profunda intimidad pericorética, diciendo: “Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (Jn 14, 11).

Es así, como Jesús asume su acción mesiánica, haciendo lo que ve hacer al Padre (Jn 5, 19) quien es misericordioso; haciendo una opción por los más pobres y marginados de su tiempo, acogiendo al hijo pródigo, dando amor a los pequeños, dándose a sí mismo en una cruz. Jesús no hace esto por mero impulso humanitario, sino en virtud de su encuentro con el Padre¹⁷.

Si se parte de lo anterior; es decir, de la paternidad de Dios en Jesús; al hablar de la maternidad de Dios trino este aspecto puede tornarse un poco complejo, pues el Hijo de Dios, Jesús de Nazaret; la segunda persona de la trinidad, quien es la imagen del Padre, es varón.

“El hecho histórico-teológico de que Dios se haya encarnado en la persona de un varón de Palestina hace un poco más de 2.000 años complica un poco las cosas”¹⁸. Entonces, ¿Cómo puede hablarse de rasgos maternales de Dios en un hijo con género masculino?

Usando las palabras de Moltmann en su texto *El Padre maternal*, si se quiere interpretar trinitariamente la paternidad de Dios, se ha de olvidar las concepciones de la religión patriarcal, pues para él, el título de padre es un título teológico y no una categoría común¹⁹; de este modo puede abrirse un nuevo horizonte de comprensión, que sin la intención de agotar el ser de Dios, permite descubrir al Dios que es Padre, pero que sobre todo es Madre²⁰.

Jesús y su Padre gozan de una intimidad tal, que lo invoca como *'abbâ*, término que denota seguridad y ternura, y que se acoge a la filiación vivida de forma única. Esta forma de

¹⁷ Boff, *La Trinidad, la sociedad y la liberación* 202.

¹⁸ De Miguel, “Cristo”, 63.

¹⁹ Moltmann, J. “El Padre maternal”, 163.

²⁰ Juan Pablo I, Discurso ángelus, 10 de septiembre de 1978.

paternidad y filiación no excluye los rasgos maternos²¹ y Jesús así lo da a conocer a través de sus palabras y obras.

El *'abbâ* de Jesús no puede ser entendido como una figura patriarcal, opresora y dominante, sino como un Dios tierno, compasivo y liberador que sufre y se preocupa porque quiere que todos se salven por medio de su Hijo.

Es precisamente a través de esa relación de ternura y confianza; de íntima comunión, como Jesús descubre su misión en medio de la humanidad. Él comprende que es uno solo con Dios y así quiere que todos participen de dicha unidad (Jn 17, 21), porque quiere salvar a todos los que el Padre le ha dado (Jn 17, 11). Pero también es consciente de las dificultades que esto conlleva, sin embargo está dispuesto a correr riesgos en nombre del amor del *'abbâ* que tanto bien conoce, su Padre maternal y Madre paternal²².

Jesús a través de sus palabras y obras quiso dar a conocer la preocupación y el cuidado de Dios hacia sus creaturas, las cuales muchas veces se alejaban a causa del pecado; y aun así su compasión y misericordia no cesaba. Por ejemplo, en Mateo puede hallarse una alusión a lo que ya se viene mencionando: “¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido!” (Mt 23, 37).

Es interesante cómo el mismo Jesús se compara con el cuidado que le da una gallina a sus polluelos. Su deseo ardiente de reunirlos y protegerlos bajo el amparo de sus alas para poder salvarlos de sus males y de sus pecados, lo llevan a sentir compasión y misericordia. Sin embargo, los hijos no quieren escuchar y rechazan las enseñanzas de los sabios, profetas y escribas (v. 34). Por ello, se lamenta y usa esta imagen metafórica de la gallina que cuida bajo sus alas a sus polluelos, que se asemeja al cuidado de una madre a sus hijos para expresarles su preocupación.

²¹ Elizondo, “Lo femenino y la imagen de Dios”, 383-384.

²² Boff, *La Trinidad, la sociedad y la liberación*, 210.

Otro pasaje sobre el cual pueden identificarse rasgos tanto paternos como maternos es el de la parábola del hijo pródigo: “Cuando todavía estaba lejos el padre lo vio y, conmovido en sus entrañas, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos” (Lc 15, 20).

Jesús sabe cómo llegar a quienes lo escuchan, y con sus obras, que muestra la coherencia de sus palabras, abraza el corazón de muchos que deciden creer en Él. Está pronto a reconciliar con Dios a todos aquellos que se han alejado.

Esta parábola conocida también como la del padre misericordioso, hace recordar aquel cuadro del siglo XVII conocido como *el retorno del hijo pródigo* del pintor holandés Rembrandt. En él se expresa de manera artística lo que Jesús da a conocer y lo que Lucas quiere divulgar, pero sobre todo, muestra lo que muchos hemos sentido espiritualmente en un proceso de conversión y reconciliación con Dios, donde se es consciente de la paternidad que da la fuerza y sostiene al pecador y de la maternidad que con ternura consuela.

Este cuadro de Rembrandt habla de ese amor materno y paterno de Dios hacia la humanidad, un amor que existe desde el principio y para siempre²³, que abraza tiernamente a su hijo, lo perdona, lo acoge y le muestra compasión. “Se aprecia entonces no sólo al padre que estrecha al hijo en sus brazos, sino a la madre que acaricia a su niño, le envuelve con el calor de su cuerpo, y le aprieta contra el vientre del que salió”²⁴. Así pues, toda la obra mesiánica de Jesús se centra en anunciar la llegada del Reino de Dios a todos, principalmente a los que se han alejado y pide con ello, un camino de retorno, de conversión, de vuelta a los brazos y al vientre para ser seres nuevos en Dios.

En relación a esto, existe otra clara metáfora maternal y es la exhortación Jesús que hace Jesús a Nicodemo:

²³ Nouwen, *El regreso del hijo pródigo meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, 101.

²⁴ *Ibíd.*, 109.

Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios.» Dícele Nicodemo: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?» Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. (Jn 3, 5-6)

Aquí, es el mismo Jesús quien le insiste a Nicodemo que para entrar en el Reino de Dios y para ser parte de éste, es necesario renacer del agua y del Espíritu. Ya no es un nacimiento de la carne de una madre terrenal, sino un nacimiento del Espíritu materno de Dios, es Dios Madre quien recibe en su vientre a aquél/lla a quien hizo a su propia imagen y semejanza²⁵. De modo que puede compararse este relato con una mujer que crea vida nueva mediante el alumbramiento, así puede decirse que quienes creen nacen de Dios²⁶, ¡una metáfora perfecta!

Se trata pues, de un '*nacer de nuevo*' aceptando el anuncio del Evangelio y el llamado a la conversión. Esto sería posible si hombres y mujeres, en su libertad, permiten que el Espíritu actúe, los transforme y renueve desde dentro de su propio ser.

Como se ha dicho entonces, Dios revela su maternidad y su paternidad en su hijo Jesús. El Padre "solamente es padre si es también madre. En Él se encuentran reunidos el vigor del amor paterno y la ternura del amor materno"²⁷. Esto debe motivar a un acercamiento constante a los textos sagrados del Nuevo Testamento, ya que así puede conocerse más a Jesús para conocer a Dios de donde Él procede. (conociendo a Jesús podemos conocer al padre)

Finalmente, teniendo en cuenta la identificación de algunos textos expuestos en el transcurso de este primer capítulo, se logra concluir que en las Sagradas Escrituras existen

²⁵ Ibíd.,

²⁶ Johnson, *La que es, el misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 119.

²⁷ Boff, *La Trinidad, la sociedad y la liberación*, 210.

otros lenguajes sobre Dios; y que la labor teológica aquí planteada muestra nuevas metáforas que hoy más que nunca es necesario tenerlas en cuenta porque ayudarían a conocer más el misterio de un Dios que es Padre y Madre.

Se evidencia que en las Sagradas Escrituras al hablar de Dios, no sólo se usa un lenguaje masculino que referencia su paternidad, sino también un lenguaje que revela lo femenino-maternal. Es claro que en principio, pensarlo como Padre no está mal, pues se reconoce su importancia en la experiencia de fe que durante siglos ha acompañado a muchos creyentes; pero sin duda se vería limitado si se piensa sólo así.

Al plantear un lenguaje en términos de paternidad y de maternidad de Dios, las Escrituras nos demuestran que tales características se hallan en su misma naturaleza y divinidad. Sin embargo, aunque sea paradójico, habrá que decir que a Dios tampoco se puede limitar atribuyéndole este lenguaje antropomórfico; pues cualquier metáfora o analogías que se usen para hablar de la revelación no pueden ser absolutizadas debido a que Dios es incognoscible.

Y puesto que Dios incognoscible, inaprensible, siempre será un misterio, el ser humano siempre estará obligado a hacer de la descripción de Dios algo limitado y finito, dirigiéndose a este misterio mediante símbolos y dentro de lenguajes simbólicos²⁸ que al final van a determinar su lenguaje religioso que como se ha dicho antes, será necesario despatriarcalizar y integrar para una mejor vivencia y unidad espiritual con la divinidad.

²⁸ Bautista, "Dios", 113.

CAPÍTULO II

2. EL LENGUAJE PATRIARCAL SOBRE DIOS Y LO FEMENINO-MATERNAL

Para dar una nueva noción sobre Dios que diera fundamentos importantes para integrarlo con su maternidad fue necesario identificar y rescatar en el capítulo anterior algunos rasgos femeninos maternos desde las Sagradas Escrituras.

Ahora en este segundo capítulo, se va a dilucidar los rasgos femenino-maternales de Dios que deconstruyen y conciben una nueva palabra sobre el misterio de su divinidad.

Para ello, se tendrá en cuenta el aporte de teólogos y teólogas que a través de una teología feminista, han intentado responder a algunos cuestionamientos tales como: “¿Cómo lo femenino revela a Dios? ¿Cómo Dios mismo puede ser comprendido y se presenta concretado en rasgos femeninos? ¿Cómo lo femenino que conocemos se constituye en camino para el conocimiento de Dios? ¿Podemos relacionarnos con Dios en términos de Madre Mía, como lo hacemos en términos de Padre mío?”²⁹ ¿Dios se revela en la existencia de cada ser humano desde lo femenino? ¿Si puede hablarse de Dios como Madre, Jesús como la segunda Persona de la Trinidad, quien procede del Padre, también puede ser madre?

Para intentar dar respuesta a éstas y a otros tantos interrogantes que pueden surgir, será menester ofrecer algunos elementos como por ejemplo las palabras y la praxis de Jesús frente a la persona de la mujer, y el aporte de teólogos y teólogas, lo cual ayuda a trascender las imágenes y el lenguaje que se tienen sobre Dios, y de esta manera poder descubrir a un Dios con entrañas maternas.

²⁹ Boff, *El Rostro Materno de Dios*, 11.

2.1 Jesús, las mujeres y el lenguaje materno sobre Dios

Frente a lo antes mencionado, es evidente la necesidad de hacer expreso el *ser* de la mujer, pues es el referente femenino y materno que se tiene, así como también la actitud de Jesús en relación con ellas.

El propósito aquí no es hacer un trabajo que hable precisamente de un proceso de liberación de la mujer; sino más bien de liberar las concepciones limitadas que se tienen de Dios, para enriquecer y aportar al conocimiento y crecimiento espiritual sobre un Dios en quien está lo femenino y lo masculino por lo que no es desfasado referirse en término de Él-Ella. Es un esfuerzo liberador del lenguaje sobre Dios desde la teología feminista para reformular el concepto de la divinidad afirmando que “Dios ya no habla sólo en masculino”³⁰.

Se trata pues, de hacer un ejercicio hermenéutico que permitirá acercarse al texto bíblico y a la realidad misma, en cuanto que son el referente del acto revelatorio de Dios, en el que, por medio del acontecer histórico Él-Ella quiere ser y significar para el proceso humano³¹.

Siendo así las cosas, no se puede desconocer el estigma que se tiene muchas veces al referirse a la mujer o a lo femenino, debido a que ha existido un pasado oscuro, quizá alimentado por una interpretación patriarcal que pone a la mujer en un estatus secundario en los ámbitos de naturaleza y gracia, donde ella es descrita como símbolo del mal y anti-imagen de Dios³², lo que ubica al hombre con referentes superiores, asemejándolo más a la imagen de Dios y es por ello que se le ha masculinizado llamándole padre. De ahí que no sea fácil referirse a Dios en femenino.

Ciertamente las mujeres han sido víctimas de exclusión y abuso en muchos ámbitos sociales, culturales y políticos; ellas han tenido que soportar, durante siglos este flagelo en la sociedad civil e incluso en la Iglesia. Y todo ello ayudado también por un lenguaje

³⁰ Soto, “La teología feminista: Dios ya no habla en Masculino”, 136-148.

³¹ Parra, *Textos, contextos y pretextos, teología fundamental*, 30.

³² Jhonson, *La que es, el misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 101.

patriarcal sobre Dios que ha servido, consciente o no, para excluir y subordinar a las mujeres, creadas igual que al hombre a imagen y semejanza de Dios.

Jesús de Nazaret, pese a las condiciones y estructuras de la época, a través de sus palabras y obras supo darle a las mujeres su lugar en la creación, asumiendo un valiente compromiso de devolverles la dignidad y la gracia delante de Dios y de los seres humanos hombres, como había sido en el principio (Gn 1, 27).

Algunos textos bíblicos comprueban que entre la muchedumbre que seguía a Jesús también había mujeres (Lc 8, 1-3; Mt 27, 56; Mc 15, 40-41). En otros se muestra su actitud misericordiosa que le devuelve a la mujer su dignidad, como por ejemplo la curación de la hemorroísa que padecía hacía ya doce años (Lc 8, 43-48; Mc 5, 25-34; Mt 9, 20-22); habrá que recordar aquí que la mujer durante su período menstrual no sólo era impura, sino que todo lo que tocaba también quedaba impuro, y cuando tenía flujos de sangre durante muchos días, fuera del tiempo de sus reglas o cuando ésta se prolongaba, quedaba impura durante el mismo y con ello todo lo que tocaba (Lv 15, 19-30); en contraste a esto, Jesús se deja tocar por la mujer y la sana.

Estudiosos de la época revelan que las leyes judías muchas veces protegían más a los hombres que a las mujeres. Éstos podían repudiar a las mujeres hasta por motivos insignificantes; y es en este contexto donde Jesús actúa en favor de la mujer³³ y se compromete a devolverles su dignidad sin condenarlas hasta el punto de protegerlas y ponerse de parte de ellas. Incluso cuestiona a aquellos que buscan apedrear a una por cometer adulterio.

Esto hace recordar aquel episodio narrado en el Evangelio de Juan en el capítulo 8, 1-11. Según la ley la mujer debe ser apedreada por ese hecho punible; pero sin duda muchos en medio de todo, se preguntarán: ¿Y qué hay del que estaba cometiendo adulterio con ella? He ahí una de las tantas evidencias de inequidad en materia penal entre mujeres y hombres

³³ De Miguel, “Cristo”, 74.

cuando comenten alguna falta a nivel social. Por eso, no sorprende que ante aquella situación Jesús diga: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra” (Jn 8, 7) y que ante aquellas palabras se fueran retirando uno tras otro, comenzando por los más ancianos (V. 9).

De manera similar, también llama la atención que sean precisamente las mujeres las primeras testigos del acontecimiento de la resurrección. Los evangelios sinópticos y el Evangelio de Juan así lo atestiguan. (Mt 28, 1-10; Mc 16, 1-8; Lc 24, 1-10; Jn 20, 1-19). Así, una vez más se muestra que el ser humano mujer goza de gran importancia para Jesús el Hijo de Dios, quien vino a dar vida y vida en abundancia.

En suma, como éstos, pueden encontrarse en los Evangelios otros tantos testimonios donde Jesús con sus palabras y su praxis humaniza y dignifica el género femenino. Ellos definen cómo Él como ser humano hombre, también muestra en sí mismo su dimensión femenina; hecho que se puede percibir a través de su ternura, su compasión, su misericordia infinita y demás gestos y expresiones.

En relación a esto, la psicología moderna ha hecho un gran aporte al afirmar que el ser humano es, al mismo tiempo *animus* y *anima*; es decir, masculino y femenino³⁴. Esto abre a una nueva perspectiva ya que permite afirmar que en la persona de Jesús, siendo masculino, integra en sí mismo su dimensión femenina. Ello ofrece un elemento más al objetivo de integrar la maternidad de Dios con su paternidad, pues si en Jesús, como ser íntegro se revela al Padre, en Él también se revela a la Madre.

Como se ha venido insistiendo entonces, concebir a Dios únicamente como Padre, en ocasiones puede hacer correr algunos riesgos, tales como la comprensión de un Dios castigador, fuerte, dominante, en ocasiones violento y justiciero. Esto ha generado algunas negativas en la historia, en la sociedad y sobre todo en la persona que experimenta a la divinidad en su propio ser. De ahí la necesidad de despatriarcalizar las Escrituras, como lo

³⁴ *Ibíd.*, 76.

expresa Boff³⁵, como también el lenguaje cotidiano y popular que se tiene sobre Dios, resultado de las interpretaciones bíblicas y religiosas de la tradición. De esta manera, se hace clara la importancia de ver el misterio de Dios desde otra perspectiva; es decir, como Madre, para concebirlo desde la ternura, el amor, la reconciliación y la justicia.

Por otra parte y siguiendo esta disertación, todo lo que se ha venido mencionando lleva a hablar sin duda, del lenguaje materno sobre Dios. Una de las autoras que ha llamado la atención al respecto es Elizabeth Jhonson, quien en su libro *La que es, el misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, se propone pronunciar una palabra cabal sobre el misterio de Dios que sea reconocible en el ámbito de la fe cristiana y que sirva de praxis emancipadora de mujeres y hombres para provecho de toda la creación, tanto de seres humanos como de la tierra³⁶. Para ello recurre al lenguaje de la teología feminista cristiana, así como al lenguaje tradicional de la Escritura y de la teología clásica.

Ella se plantea una pregunta: ¿Cuál es el modo de hablar de Dios?, dado que la forma de hablar de Él permea la vida y la actividad de una comunidad de fe y su símbolo funciona de forma primordial en todo el sistema religioso y como punto decisivo para la comprensión de la experiencia, la vida y el mundo.

De ahí que el modo como una comunidad de fe da forma al lenguaje sobre Dios representa implícitamente, lo que ella entiende por mayor bien, la verdad más profunda, la belleza más sugestiva³⁷. Por este motivo, muchas teólogas feministas, en representación de las mujeres, se han visto comprometidas en la tarea teológica tradicional de reflexionar sobre Dios para moldear un nuevo lenguaje que pone en cuestión las estructuras predominantes del patriarcado.

El lenguaje sobre Dios se va construyendo según las culturas, las tradiciones y las experiencias de la comunidad de fe; y conforme van cambiando las culturas, cambia

³⁵ Boff, *El Rostro Materno de Dios*, 80.

³⁶ Jhonson, *La que es, el misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 20.

³⁷ *Ibid.*, 18.

también la especificidad del lenguaje sobre Dios. Por consiguiente, no se debe temer a la iniciativa de usar un nuevo lenguaje sobre Él, con tal que las palabras signifiquen algo que caracterice su misterio, sujeto a la mediación de la Escritura, la tradición y a la experiencia actual de fe como acción liberadora.

Por otra parte, es claro que existe una larga tradición teológica en la que se afirma que Dios trasciende la sexualidad porque no tiene sexo. No es ni varón ni hembra. Sin embargo, el lenguaje popular hace pensar que Dios es de algún modo un varón, que es un Él y ha llegado a decirse que es naturalmente varón, pero no en sentido sexual³⁸, y para muchas personas es conflictivo pensarlo diferente, pues dicho lenguaje está arraigado en las diversas culturas y sociedades. No obstante, ante la dificultad que existe al hablar de Dios (puesto que los predicados que se le atribuyan siempre serán finitos), hoy se hace necesario un lenguaje que favorezca una comprensión más plena de su divinidad y misterio.

Ante esta necesidad, habrá que reconocer también junto a Esperanza Bautista que una imagen de Dios patriarcalizada podría ser idolátrica³⁹, puesto que absolutiza una visión parcial del conocimiento de Dios que además es inadecuada, teniendo en cuenta que existen otros horizontes de comprensión como los maternos, que así mismo, son referentes trascendentales dados desde la experiencia humana.

Entre tanto, esta otra alternativa que se pretende, busca integrar el lenguaje que se tiene sobre Dios, de modo que permita ahondar cada vez más en el misterio divino. De ahí que se ofrezcan imágenes, símbolos o analogías femeninas de Dios como el de madre, en este caso. Incluso se ha llegado a pensar en el culto a la Diosa⁴⁰. Sin embargo, aquí se corre el riesgo de irse al otro extremo, haciendo que dicho lenguaje femenino referente a Dios, pase a ser de dominio y control como ya se ha expuesto con anterioridad en relación a la lectura patriarcal que se le ha hecho.

³⁸ J. Mc Kinzh. *The Two Edged Sword*. citado por Bautista, "Dios", 110.

³⁹ Bautista, "Dios", 122.

⁴⁰ *Ibid.*, 123.

En consecuencia se habla más bien, de integrar las manifestaciones femenino-maternales con la paternidad de Dios; sin llegar a darle una connotación negativa a ninguna de las dos; sino más bien de armonía, justicia, integridad y amor; para una mejor relación entre Dios y la humanidad, y de ésta consigo misma. De modo que en las diversas experiencias de fe sea posible experimentar a un Dios no sólo como padre, sino también con entrañas maternales.

2.2 Descubriendo a un Dios con entrañas maternales

“Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de lo alto,” (Lc 1, 78)

Esta es una expresión de Zacarías, en su cántico de acción de gracias, fruto del Espíritu Santo (v. 67). Devela el actuar salvífico de Dios que llegará a su culmen con la llegada de una Luz que viene de lo alto “para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte y guiar los pasos por el camino de la paz” (v. 79). Es el anuncio del nacimiento de una esperanza salvífica que se da a través de esa Luz nacida de las mismas entrañas de misericordia de Dios (v. 78).

Vale la pena mencionar aquí, que la palabra *misericordia*, proviene del término hebreo *Rahamim*, el cual expresa el apego instintivo de un ser a otro, como el de una madre hacia su hijo. Según los semitas, este sentimiento tiene su asiento en el seno materno acogedor y fecundo (*rehem*)⁴¹. Es esa dimensión femenina de Dios donde se manifiesta la ternura, la delicadeza, la gratuidad y el cuidado, que se relaciona con las entrañas amorosas y misericordiosas de una madre que pone todos los recursos creadores de vida para el bien del otro⁴².

⁴¹Vocabulario Bíblico, “Misericordia.” Última modificación 14 de junio de 2009. <http://hcg.com.ar/vocabib/art/misericordia.html> (consultado 12 de octubre de 2014).

⁴²Rovira Belloso, *Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo*, 222.

Al respecto, en (1R 3, 6) se halla esta expresión al referirse a la mujer que se le conmovieron sus entrañas por su hijo; por tanto, denota un amor maternal con el que también se hace la analogía del amor misericordioso y entrañable de Dios mismo. Ahora bien, de estas entrañas de misericordia surge la Luz que es Jesús, el hijo de Dios (Jn 1, 1-18), y quien está íntimamente unido a Dios misericordioso, asumiendo también en Él esas entrañas de misericordia.

Pero además de la anterior reflexión, habrá que decir también que muchas veces puede ser más fácil decir lo que Dios no es, que llegar a expresar lo que puede ser. Evidentemente, aquí se apunta a la teología negativa, la cual afirma que el intelecto humano sólo puede aprender lo que Dios no es, dado que la comprensión real de la divinidad es imposible y trasciende toda realidad física⁴³. Por eso podrá afirmarse de Dios muchas realidades, debido a que ha creado todo lo que existe, pero más necesario será negarlas para no limitar su grandeza, pues supera todo lo que se piense, diga o se imagine.

Entre tanto, si bien se ha dicho que el ser humano es limitado en el momento de pensar o hablar de la divinidad, aun así, esta misma divinidad le dio una capacidad cognitiva y un lenguaje, y no por simple casualidad; sino para que le permitiera acercarse a ella para sentirla familiar y lo que es más importante, para sentirse parte de ella.

Por esta razón, se ha visto la necesidad de desafiar a través del mismo lenguaje, concepciones patriarcales sobre Dios y dar una nueva imagen que permita experimentar la presencia divina, manifestada por ejemplo en las mujeres, que también representan lo femenino de la divinidad.

Este pensamiento de un Dios materno ha sido evidenciado desde hace ya varias décadas; incluso, el Papa Juan Pablo I afirmaba que "Dios es Padre, pero sobre todo, es Madre"⁴⁴.

⁴³ Google, "Teología Negativa" http://es.wikipedia.org/wiki/Teolog%C3%ADa_negativa, (consultado el 30 de Septiembre de 2014).

⁴⁴ Juan Pablo I, Discurso ángelus, 10 de septiembre de 1978.

Esta es una expresión que sin duda, tumba muchos paradigmas y que puede llevar al cristiano a un enriquecimiento de su experiencia de fe.

Así mismo, como se ha señalado a lo largo de este trabajo, se propone la necesidad de una nueva epistemología y antropología que soporte un nuevo discurso sobre Dios, tratando de recuperar textos con protagonismo femenino, para relanzar las metáforas femeninas de Dios y afirmar que Dios ya no habla sólo en Masculino⁴⁵.

De modo similar, se ha señalado desde una lectura feminista de las Sagradas Escrituras, que Dios tiene connotaciones afectivas que van de la autoridad soberana a la ternura y la piedad. Lo que permite dar cabida a rasgos femeninos del actuar de Dios como Padre-materno⁴⁶. Se evidencian así, los diversos esfuerzos por reivindicar ese otro rostro de Dios que se ha silenciado, pues ya es hora de quitar ese veto y ofrecer otra perspectiva que llegue a equiparar la imagen que se tiene de la divinidad.

Para aceptar e identificar a Dios con entrañas maternas, ha de ser superada la mentalidad sexista que deforma lo femenino dándole insinuaciones negativas. Es por esta razón que se propone hablar de un Dios con entrañas maternas, atribuyéndole así una serie de connotaciones femeninas, pues no se puede hablar de la maternidad de Dios sin hacer alusión a lo femenino.

Ahora bien, partiendo de la doctrina de la creación, podría pensarse a un Dios que hace germinar la vida de la nada; de sí mismo surge la creación, desde su vientre, y desde allí forma, hace crecer, sustenta y da la vida, como en el caso de una madre.

⁴⁵ Soto, "La teología feminista: Dios ya no habla en Masculino", 136-148.

⁴⁶ Elizondo, *Lo femenino y la imagen de Dios*, 381. Frente a esta afirmación de padre-materno, probablemente queda un cierto sentimiento de inconformidad, pues sigue predominando el Dios Padre en el pensamiento, sólo que se le agrega el adjetivo (materno). Aunque se le reconocen tales características y dicho intento, el concepto aún es insuficiente para alcanzar a integrarlo; pero para muchos puede llegar a ser el camino inicial que el Espíritu suscita procesualmente para llegar a conocerlo como tal.

Dios(a) crea y es dador(a) de vida, da a luz a todo lo creado⁴⁷. Y si comparamos esa imagen de Dios con lo tangible ¿Quién puede hacer eso? ¿Qué creatura nos revela esa verdad? Pues sí... una madre, una mujer, lo femenino.

Dios Madre crea y da la vida por amor a toda sus creaturas. Según Sallie Mcfague, este amor a través del que Dios ha hecho la creación es *ágape*. Un amor, espontáneo y desinteresado que quiere la existencia y plenitud para todos los seres, por eso es madre del universo y de toda forma de vida; es un amor que exclama: ¡Qué bueno que existas!⁴⁸; Que da sustento, que cuida y vela para que la vida creada prospere y continúe.

Dios como Madre es la metáfora que mejor transmite la idea de la creación, de la gestación, del alumbramiento; es una referencia profundamente válida que expresa la interdependencia e interrelación de toda forma de vida que pueda conocerse⁴⁹.

Es de resaltar que para Mcfague las discusiones sobre *ágape* como amor divino se han centrado en la redención (próximo tema a tratar), y no en la creación⁵⁰. Dios ama a sus creaturas y las considera valiosas; es por ello que la humanidad como parte de la creación es redimida y así, las dos formas como Dios(a) llama a la vida es creación y redención.

En cuanto a la primera, de la cual ya se ha hecho alusión, se trata de una creación física que tuvo un principio, y el modelo de dar a luz podría ser, el que más se acerca analógicamente hablando, a la realidad y nacimiento de la creación. Todo ha surgido de Dios mismo, de su “matriz” creadora. Por ello Dios es en todo ser, y toda forma de vida goza de su esencia, al mismo tiempo es transmisora de la misma vida, por tanto de la creación.

⁴⁷ En Job 38, 28-29, puede verse cómo Dios da a luz a la creación. Del mismo modo se encuentran expresiones como: ¿Abriré yo el seno sin hacer dar a luz - dice Yahveh - o lo cerraré yo, que hago dar a luz? (Is 66, 9) y que le dan estos atributos femenino-maternales a Dios, por ello en el uso de dicho lenguaje, no es desfasado hablar en términos de Diosa y Madre, como se hace con el lenguaje de Dios y Padre.

⁴⁸ McFAGUE, *Modelos de Dios Teología para una era ecológica y nuclear*, 173-185.

⁴⁹ *Ibíd.*, 180.

⁵⁰ *Ibíd.*, 174.

En segundo lugar, se halla la redención, es la otra forma como Dios manifiesta su amor *ágape*. En la doctrina católica ésta es entendida como el segundo nacimiento, una renovación de vida, un nacimiento espiritual que surge después de sentir misericordia frente a la realidad de pecado. Dios que ama a todas sus creaturas, entre ellas la humanidad; siente compasión, por eso la perdona y le redime sus faltas, sus pecados.

Algunos autores han vislumbrado que en hebreo las palabras que significan “compasión” y “seno materno” están emparentadas y relacionadas a su vez, con el verbo mostrar misericordia y con el adjetivo misericordioso. Tal es el caso de Phyllis Tribble quien expresa: “En su forma singular, el sustantivo *rehem* significa “seno” o “útero”. En plural, *rahamin*, ese significado concreto se abre a abstracciones como compasión, misericordia y amor”⁵¹. Es así como Dios revela a la humanidad, una compasión materna que nace desde las entrañas mismas.

Así como una madre siente dolor cuando un hijo o hija de sus entrañas sufre por alguna experiencia negativa, por ser sangre de su sangre y carne de su carne; así también esta figura materna que procede de Dios puede servir para decir que Dios sufre como una madre cuando sus hijos están en pecado, por eso le da la redención. Y ¿De qué modo concede la redención a la humanidad? a través de un nuevo nacimiento en Cristo Jesús, su Hijo.

A este interrogante pretende darse respuesta en el siguiente ítem, tomando como base los escritos ofrecidos por Juliana de Norwich, una mujer nacida en Inglaterra, de vida anacoreta y quien es considerada como una de las más grandes escritoras místicas y quizá, la primera mujer católica en escribir a cerca de Dios como Madre.

Estas revelaciones místicas que surgieron hacia los años 1373, en el transcurso de una enfermedad, hacen entrever que Dios tuvo algo importante que decir a través de ella para

⁵¹ Tribble, *God and the Rhetoric of sexuality*, 31-59, citado por Jhonson, Elizabeth. *La que es, El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 139.

que la humanidad se acercara más a su misterio. Y para dar más fundamentos en cuanto al tema que aquí concierne, será interesante hacer alusión a algunos de sus escritos.

2.3 Jesucristo, una madre que redime en el amor de Dios

Sin lugar a dudas, para comprender la maternidad de Dios y su deseo de redimir a la humanidad, es menester dilucidarlo en perspectiva trinitaria, pues es a través del Hijo como Dios muestra su amor y misericordia. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.” (Jn 3, 16). Esto significa que el creyente entra a la vida nueva; o sea, que quien cree en Cristo Jesús puede decirse, que ha nacido de nuevo por obra del Espíritu Santo y así es creatura nueva.

Las tres divinas personas están unidas en una profunda intimidad de comunión y amor; creando, salvando y santificando a sus creaturas, que son creadas a imagen y semejanza suya. El alma humana procede de Dios Trinidad y por consiguiente siempre tiende a estar unida a ella, pues Dios habita en ella (en el alma humana).

Siendo así las cosas, Dios Trinidad quiere que todas sus creaturas se salven; como se dijo antes, que tengan vida y vida en abundancia; por eso no quiere que ninguno se pierda y por amor da un salvador y redentor, Jesucristo; que a través de su misión salvadora hace que quien crea en Él nazca de nuevo. Como dirá Juliana de Norwich: “Nuestro salvador es nuestra verdadera Madre, en quien somos eternamente engendrados y del que no saldremos jamás”⁵².

Entretanto, vale la pena mencionar que Juliana tiene como tema central las revelaciones del amor divino, el cual se asemeja al amor materno. El Papa Benedicto XVI, en la audiencia general realizada el 1 de diciembre de 2010, haciendo alusión a las revelaciones de Juliana de Norwich dirá que este mensaje sobre el amor es uno de los más característicos de su

⁵² Norwich, *Libro de visiones y revelaciones*, 169.

teología mística, donde la ternura, la solitud y la dulzura de la bondad de Dios para con todos que evoca el amor de una madre por sus hijos. Este lenguaje que recuerda la ternura y la totalidad del amor de Dios se manifiesta en la creación y en toda la historia de la salvación que tiene su culmen en la Encarnación del Hijo⁵³.

Juliana en sus escritos afirma que la segunda persona de la Trinidad es una Madre de misericordia para todos, y a través de esa misericordia se obtiene la reforma, la restauración y la salvación del ser humano⁵⁴. Y todo esto por el gran amor que Dios Trinidad le da gratuitamente a la humanidad desde toda la eternidad. Desde ella ha sido creada, amada, restaurada, recreada y salvada.

Ciertamente es el pecado el que aleja a la humanidad de la gracia de estar unida a Dios. Jesús a través de su compromiso de anunciar el Reino pretende que quienes se han alejado de Dios, se conviertan y así dejen amarse de nuevo para ser renovados por medio de Él. Entonces, pues, la maternidad de Dios siempre estará presente y delante de cada ser humano, a la espera de que éste por medio de su libertad se deje amar y transformar.

Para Juliana “Dios es nuestra verdadera Madre” y así, Jesús siendo de su procedencia, como segunda persona de la Trinidad, se convierte también en *nuestra verdadera Madre*, dándonos a luz para la alegría y la vida eterna; nos lleva dentro de Él con amor y esfuerzo, hasta el momento justo de su entrega total e incondicional en la cruz⁵⁵. Así, aunque el servicio de la madre es el más cercano y el más dispuesto, nadie puede realizar jamás este oficio plenamente excepto Él.

Una vez que ha dado a luz, no quedó satisfecho y por su maravilloso amor *nuestra Madre Jesús*, al igual que una madre amamanta a sus hijos con su leche, él lo hace consigo mismo

⁵³ Benedicto XVI, “*Ciudad Del Vaticano.*” miércoles 1 de diciembre de 2010, <http://www.zenit.org/es/articulos/benedicto-xvi-juliana-de-norwich-y-el-amor-divino>. (consultado en 18 agosto, 2014).

⁵⁴ Norwich, *Libro de visiones y revelaciones*, 172.

⁵⁵ *Ibíd.*, 176.

con el santo sacramento⁵⁶ de la Eucaristía, que es el alimento de vida eterna. De este modo se concretiza un vínculo de unidad y comunión entre un Dios que se entrega por amor a la humanidad a través de su Hijo, como sacrificio dado una vez y para siempre, y un pueblo que siente hambre de dejarse amar y salvar.

Dios es Amor (1Jn 4, 16) y manifiesta ese amor en su obra creadora y en la redención, y precisamente en esto manifestó su amor: en que envió al mundo a su Hijo único como víctima de expiación por los pecados (1Jn 4, 8-10), para que todo el que confiese que Jesús es el Hijo de Dios fuera salvo y así permaneciera en Dios que es amor y Dios en él.

Puede hablarse entonces, de un llamado a la unidad con Dios Trinidad en el amor, y en eso consiste la salvación, en confesar que Cristo es el Hijo de Dios dejándose amar por Él, permaneciendo en ese amor lleno de misericordia y bondad. Así Jesucristo engendra en cada ser humano (Hombre y mujer) un nuevo ser en el amor y da la nueva vida. Así pues, “Jesús, Cristo, es nuestra madre porque de Él nacemos y en él renacemos; creados en Cristo, estamos habitados por la divinidad y habitamos en la divinidad: somos “trinidad creada””⁵⁷ y así toda la creación humana, femenina y masculina, participa a la vez de la trinidad y de su maternidad.

Por tanto, cuando se atribuye a Jesús el “oficio” de la maternidad, habrá que tenerse en cuenta que esto va más allá de la piedad habitual, y su comprensión está estrechamente unida a una teología de la creación y la salvación que no están separados de Dios, sino que pertenecen a la misma manifestación de la divinidad.

Todo lo anterior hace traer a la memoria aquellas preguntas hechas por Nicodemo: “¿Cómo puede uno nacer de nuevo, siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno materno y nacer? (Jn 3, 4). Haciendo alusión a ellas, aquí surge quizá otra un tanto relacionada: ¿Puede ser Jesucristo una madre? Obviamente, aquí no refiere precisamente a

⁵⁶ *Ibíd.*, 177.

⁵⁷ *Ibíd.*, 30.

un nacimiento físico, sino a un nacimiento espiritual; es decir, nacer de nuevo en Cristo Jesús.

En ese nacimiento espiritual Jesús muestra su mayor ternura. Instruye, corrige, tranquiliza el corazón e incluso la conciencia; muestra su abundante gracia y si se vuelve a caer, como madre tierna vuelve a levantar. Así imprime en el corazón de cada pecador la gran manifestación del amor que se halla en Él, pues a quien mucho se le perdona, mucho llega a amar (Lc 7, 47).

Juliana dirá entonces: “No temamos, [...]; simplemente, lamentémonos humildemente a nuestra amada Madre, y él nos rociará a todos con su preciosa sangre, y hará a nuestra alma más dócil y suave, y nos curará más gentilmente en el curso del tiempo, para mayor gloria y para nuestra alegría eterna. Y de esta dulce y amable operación nunca cesará ni desistirá, hasta que todos sus amados hijos hayan sido concebidos y dados a luz”⁵⁸.

De igual manera, quien haya sido dado a luz sabrá experimentar la necesidad de tener constantemente la actitud dócil de un niño, pues un niño cuando está angustiado y asustado corre rápidamente hacia los brazos de su madre o llama para que ésta le ayude. Por ende, Jesús quiere que quien ha nacido de nuevo sienta la necesidad de decir: “Madre querida, Madre llena de gracia, Madre amada, ten misericordia de mí”⁵⁹, hasta tal punto que llegue a identificar su amor con el de Él. Jesús madre, quiere que todos se abandonen y se confíen a Él como un niño en brazos de su madre.

No obstante, es importante mencionar aquí, que es necesario tener un corazón fértil frente a la escucha de la Palabra para poder así nacer de nuevo. Un corazón dócil a la Palabra hace del creyente un ser capaz de dar a luz otras actitudes; las cuales puedan estar llenas de los valores cristianos como el amor, la misericordia, la compasión, la solidaridad, el cuidado por el otro como el buen samaritano (Lc 10, 29-37), etc. Si permite que se engendré la

⁵⁸ *Ibíd.*, 184-185.

⁵⁹ *Ibíd.*, 180.

palabra en su corazón dará a luz obras según Jesucristo. Es decir, puede llegar a ser otro Cristo, pues es quien engendra su amor maternal en cada creyente.

Dios Madre infunde su amor maternal a través de su Hijo unigénito. Al respecto Juliana en su décima cuarta revelación dirá: “Él quiere que todo nuestro amor esté puesto en Él; vi así que todos los deberes que tenemos según los mandamientos de Dios con respecto a la paternidad y a la maternidad se cumplen en el verdadero amor de Dios, amor bendito que Cristo engendra en nosotros”⁶⁰. Así el amor mismo de Dios es engendrado en el creyente.

En últimas, Juliana contempla y comprende que en la Trinidad se hallan tres propiedades: la paternidad, la maternidad y el señorío en un solo Dios. Esto sin duda, permite asumir las dimensiones femeninas y masculinas, las cuales también se perciben en cada ser humano, hombre y mujer, quienes al participar de la divinidad, también proceden de su SER.

De igual modo, se resalta la imagen de la mujer, quien también es creación de Dios y de la que se parte para hablar de Dios en femenino que permite atribuirle un lenguaje materno. Ella, no puede entenderse como anti-imagen de Dios, pues Dios creó todo perfecto y quiso reflejar su maternidad a través de ella.

Jesús reconoce esta verdad y busca por ello, con sus palabras y obras, darle a la mujer esa dignidad dada por Dios, ya que también se revela en ellas. Cabe resaltar también, en este sentido, que el mismo Jesús nació de una mujer y es gracias a ella como recibe su humanidad; es por medio de ella como “el verbo se hizo carne (Jn 4, 14). Carne de hombre y carne de mujer. Carne, cuerpo, humanidad, inserción en la historia, historia de relación y la carne apunta a la solidaridad con toda la humanidad”⁶¹. Jesús se hace uno como nosotros, compartió nuestra naturaleza humana menos en el pecado (Hb 4, 15).

⁶⁰ *Ibíd.*, 179.

⁶¹ Tepedino, “¿Quién dicen las mujeres que soy yo?”, 448.

Por tanto, por nacer de una mujer podría afirmarse que ella también le aporta su dimensión femenina. Jesús, quien participa de la divinidad es el Hijo de Dios, es el ser humano por excelencia, pues integra en sí mismo su masculino y su femenino. Por eso en Él se revela tanto la paternidad como la maternidad de Dios.

Al mismo tiempo, Jesús muestra a Dios que es Padre y Madre también por medio de la misericordia y es a través de ésta como se puede identificar a Dios con entrañas maternas; y cuando el pecador se deja gestar de nuevo en sus entrañas maternas experimenta el perdón y el amor divino, hasta el punto de unirse al mismo Dios y en Él-Ella ser una nueva creatura.

Dios crea de nuevo porque ama, lo hace por mediación de su Hijo. De ello también se concluye, usando las palabras de Juliana de Norwich, que Jesús, quien procede de Dios mismo, es también nuestra Madre y en Él nacemos de nuevo por la redención.

Finalmente, haciendo uso de las palabras de Elizabeth Jhonson, “mientras se siga estimando el lenguaje masculino de dominio como el único o principalmente adecuado para hablar de Dios, se absolutiza un solo tipo de metáforas y se oscurece la altura, la profundidad, la amplitud y el hálito del misterio divino. De ese modo se perjudica a la verdad misma de Dios, que se supone que la teología acoge y promueve”⁶².

Y para seguir promoviendo esta verdad, hay que decir también, que tampoco puede mantenerse un esquema jerárquico entre la paternidad y la maternidad de Dios, no puede ir uno sobre el otro. En Dios(a) todo confluye, todo se da; en El-Ella todo se une y se integra; por tanto “Dios (la Diosa) ha de quedar más allá de la masculinidad y de la feminidad. El Dios(a) que abarca la humanidad plena, tanto de hombre como de mujeres”⁶³ supera todas aquellas funciones estereotipadas que se le han dado.

⁶² Jhonson, *La que es, El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 37.

⁶³ De Miguel, “Cristo” 92.

Entonces para realizar un verdadero proceso de *despatriarcalización*, es importante superar las interpretaciones sexistas que se han tenido sobre Dios desde la Biblia y desde las diversas circunstancias socioculturales y políticas, en las que se ha creído que el ser masculino es el que más se asemeja a la divinidad, razón por la que siempre se le ha llamado padre, poniendo en segundo plano lo femenino, por ende lo maternal.

Por ello se invita a ampliar e integrar el lenguaje que se tiene sobre Dios para enriquecer y permear la vida de los creyentes y ¿Por qué no? De las comunidades cristianas, para que definitivamente pueda nacer una nueva palabra que ayude a acercarse cada vez más al verdadero misterio de Dios.

CAPÍTULO III

3. UNA NUEVA PALABRA SOBRE EL MISTERIO DE DIOS

En este tercer capítulo, el objetivo que se pretende es ofrecer algunas orientaciones teológico-pastorales que favorezcan a que hombres y mujeres sean conscientes de su propio ser como imagen y semejanza de Dios, y trazar así un camino que forme seres humanos nuevos en el presente histórico.

Para tal fin, será necesario tener en cuenta que todo lo que se ha venido examinando en el desarrollo de los capítulos precedentes, debe estar arraigado a la experiencia de fe de hombres y mujeres en perspectiva salvífica y liberadora, de modo que pueda brindarse algunas orientaciones que permitan transformar mentalidades y concepciones limitadas que se han tenido de Dios y que no han favorecido una experiencia de unión con lo divino.

Todo lo anterior implica tener una disposición frente a la paradoja, la analogía, así como también ante el uso de figuras metafóricas que ayudan a re-imaginar lo divino.

Una nueva imagen sobre Dios puede evocar una nueva consciencia; incluso en aspectos de la persona misma, de cada ser humano, hombre y mujer. Más aún, “puede validar y puede dar nombre a una experiencia de lo divino que se consideraba poco importante porque era incongruente con imágenes antiguas”⁶⁴. De aquí se parte para trazar un camino que permita dar una nueva palabra sobre el Misterio de Dios, que toque la vida y forme nuevos cristianos para Iglesia y la Sociedad.

En cuanto a esto es importante recordar y reconocer que el misterio de Dios rodea toda la vida humana e incluso al universo mismo; es un misterio que envuelve toda la existencia. Dios es una verdad que va más allá de todo lo imaginable, es tan trascendente que nuestra

⁶⁴ Knight, *Feminist mysticism and images of God a practical theology*, 83.

mente finita no puede llegar a abarcar, ni se puede llegar a agotar su divinidad por más palabras o conceptos que se usen para intentar dar razones.

No obstante, a Dios se puede acceder por sus manifestaciones en la creación, en uno mismo, en el otro y en la historia. Así se evidencia en la Sagrada Escritura. Por ello, para poder acercarse a este misterio, en un primer momento se hará alusión a la semejanza que hay entre creador(a) y creatura desde la afirmación que se hace en Gn 1, 27.

3.1 Masculino y femenino en Dios y en sus creaturas

Para hablar de la paternidad y maternidad en Dios es inevitable no remitirse a lo masculino y femenino que existe en sus creaturas, éstas al ser creadas llevan impresas en sí mismas algunas características de quien las crea, una de ellas es las que aquí se han querido resaltar. Por tal motivo, se hará alusión a un texto del Génesis donde se halla una cita importante para esta reflexión. De igual modo, se plantearán algunos aportes científicos que ayudarán a esbozar lo que se pretende proponer.

En primer lugar, en el texto del Génesis se presenta cómo se manifiesta la imagen de Dios en los dos géneros: “Y creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, varón y mujer los creó” (Gén 1, 27).

Esta perícopa está precedida por una expresión en el v. 26 “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” y propone una forma verbal conocida como modo gramatical cohortativo, el cual consiste en una conjunción verbal más el nombre sin artículo (“hagamos al hombre”, *na'asah 'adam*). Y por la ausencia del artículo, el término *'adam* expresa el ser humano genérico⁶⁵. El (v. 27) expresa en la primera parte: “A imagen de Dios le creó” en el que el hombre aunque sigue siendo genérico, es determinado, para luego expresar: “varón y mujer los creó”, señalando el paso de lo indiferenciado, en singular; al

⁶⁵ Navarro, *Barro y Aliento, Exegesis y antropología teológica de Génesis 2-3*, 19.

ser humano diferenciado en dos sexos, específico, en plural⁶⁶. No obstante, la diferenciación enuncia que tanto uno como el otro son imagen de Dios.

Si bien se ha dicho que a imagen y semejanza los creó Dios, varón y hembra los creó, será viable precisar entonces que desde este punto de vista, Dios no sólo es posible pensarlo en masculino, sino también en femenino; y partiendo de esta afirmación del mismo modo se fundamenta que no sólo es Padre, sino que también es Madre.

Según esto, se puede concluir que toda la humanidad participa de la naturaleza divina de Dios. En esa naturaleza otorgada por Dios, por ser a imagen suya, se reúne cuanto bueno y gozoso hay en el hombre y la mujer, por ello también puede decirse que Dios es origen o fuente de él y ella. De ahí que la imagen de Dios pueda ser doble, masculina y femenina, y que sea posible el uso metafórico donde igualmente se expresa su maternidad y su paternidad.

A pesar de ello, es claro que no puede limitarse a tales, debido a que trasciende dichos conceptos. Esto conduce sin lugar a dudas hacia la paradoja, porque aunque Dios se manifieste así metafóricamente hablando, al mismo tiempo, no es ninguno de éstos (padre-madre). Sin embargo, hasta ahora ésta sigue siendo una buena alternativa para seguir descubriendo el misterio de la divinidad.

Por tanto, es válido hablar de Dios en términos de Ella como imagen femenino-maternal, alternándola así mismo con el lenguaje paternal. Y para aceptar lo femenino-materno de Dios, como se ha venido insistiendo, primero debe ser aceptada una afirmación ineludible... que las mujeres también son parte de su imagen.

Pero la lectura de algunos textos como el del Génesis, se ha realizado de modo patriarcal y sexista, lo que de algún modo ha marginado esta posibilidad de ver a la mujer como imagen de la divinidad. Ello ha hecho quizá que desde la teología se acentúe una mayor propensión

⁶⁶ *Ibíd.*, 20.

que relaciona a la mujer con el pecado y con una espiritualidad menor, y por ser inferior, nunca puede representar la imagen de Dios tan plenamente como el hombre⁶⁷. Por tanto ha de cambiarse esta mentalidad, tanto hombres como mujeres somos parte de Dios y debemos reconocernos en Él-Ella.

Además de la interpretación sugerida desde el relato del Génesis 1, 27, el cual testimonia que la humanidad es imagen y semejanza de Dios, surge también otro elemento que se quisiera afirmar aquí, y es que lo masculino y lo femenino también existen en la divinidad, por ende en cada ser humano hombre y mujer, como fuerzas productoras de identidad y de diferencias⁶⁸.

Según esto, se puede identificar esa dualidad en Dios, que además también es propia del ser humano. Lo que significa que es necesario superar una concepción dualista que separa y jerarquiza las categorías, como por ejemplo: cuerpo-espíritu, bueno-malo, blanco-oscuro, noche-día, Hombre-mujer, masculino-femenino. Este modo de pensar en antítesis no facilita la integración ni en Dios ni en el ser humano hecha a su imagen.

Por otra parte y para aclarar un poco más el argumento anterior, es importante hacer una reflexión teológica que no se aleje de los aportes que ha proporcionado la ciencia; en otras palabras, será necesario sugerir un diálogo con ésta para no sesgar los resultados dados en el desarrollo de este trabajo.

Se alude al modelo Jungiano de la psique donde se valora el *ánima* como el aspecto femenino correspondiente en el inconsciente del hombre; así mismo, en cuanto a la mujer, se valora el *ánimus* como el conjunto de experiencias ancestrales referentes a lo masculino en su inconsciente⁶⁹. Frente a esto, y siguiendo con el tema, se pone de manifiesto que lo femenino no es cosa exclusiva únicamente de la mujer, sino también del varón. Más concretamente, “el ser humano en cuanto masculino y femenino es verdaderamente

⁶⁷ Tepedino, *¿Quién dicen las mujeres que soy yo?*, 423.

⁶⁸ Boff, *Femenino y masculino: una nueva forma para el encuentro de las diferencias*, 59.

⁶⁹ Storr, *Jung*, 58.

semejante a Dios, entonces, llevados por la lógica de la misma afirmación, hemos de admitir que Dios es prototipo masculino y femenino⁷⁰.

Al respecto, Leonardo Boff dirá por ejemplo, que cada persona humana dentro del horizonte de su condición biológica propia y sexuada, tiene la tarea de integrar dentro de su proyecto de ser la masculinidad y la femineidad, sólo en la combinación de los dos surge la vida en toda su armonía. Lo masculino y lo femenino en cada varón y mujer dan cuenta de esa unidad dual del ser humano; es decir, la interpenetración donde cada ser humano es simultáneamente masculino y femenino en una densidad y proporción de cada uno⁷¹.

Aquí puede hacerse referencia al texto bíblico donde una mujer ve morir cruelmente a sus siete hijos al no querer éstos quebrantar la Ley comiendo alimentos prohibidos: “Muy digna de admiración y de glorioso recuerdo fue aquella madre que, viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un solo día, lo soportó con entereza en el Señor. Llena de generoso sentimientos y uniendo un temple viril a la ternura femenina”. (2 M 7, 1.20-21).

Así, las Sagradas Escrituras soportan una vez más que las dos dimensiones se hallan tanto en el varón como en la mujer.

Del mismo modo, y si se quiere, podría relacionarse esta cita con la actitud de una madre que refleja la incondicional expresión del amor. Naturalmente, la experiencia muchas veces demuestra que en ella se manifiesta el instinto que la lleva incluso, a perder la vida por sus hijos. Ella ama hasta el extremo porque ese hijo estuvo en sus entrañas, es sangre de su sangre, carne de su carne, porque se formó en su vientre; por tanto, en ocasiones su arraigo es mucho más fuerte que la de un padre.

En medio de todo, se plantea también otro argumento basado en el aspecto biológico, en cuanto que éste expone la existencia del *sexo genético*, el cual responde a la estructura

⁷⁰ Boff, *El Rostro Materno de Dios*, 101.

⁷¹ *Ibíd.*, 67-76.

femenina, y respectivamente a la masculina, del núcleo celular de cada célula del organismo humano.

Este versa que cada núcleo tiene 22 pares de cromosomas somáticos y dos sexuales. De cada par, un cromosoma es de origen materno y otro de origen paterno. El equipamiento cromosómico de la mujer se caracteriza por 22 pares de cromosomas somáticos más 2 cromosomas X (XX) mientras que el varón es de 22 pares más un cromosoma X y otro Y (XY). Como puede verse, el sexo base es femenino (XX); el masculino (XY) es inducido a partir del femenino, hecho éste que desautoriza el mitológico principio de Adán. Por tanto la primacía genética del sexo femenino es neutra y no justifica ninguna derivación de superioridad⁷².

Por lo anterior, quizá la forma más fácil de comprender la paternidad y la maternidad de Dios aquí referenciada, es precisamente haciendo mención a lo que se conoce fáctica y científicamente; es decir, desde la misma experiencia de hijos en relación con los padres que dan la vida por medio de la procreación. De ellos se recibe lo femenino y lo masculino que la divinidad imprimió de su ser en los seres humanos desde sus inicios.

Se trata entonces, como dice Javier Pikaza, de descubrir las raíces que ligan a lo eterno; saber y sentir arraigando todo nuestro ser en Dios. Se es hombre y mujer de verdad en cuanto que se esconden en Dios mismo nuestras raíces. No podemos ser lo que debemos sin estar actualizando esa dependencia⁷³. En consecuencia, tanto la mujer como el varón están llamados a realizarse más allá de sí mismos, están hechos para ser totalmente de Dios⁷⁴.

En últimas, la humanidad ha sido creada, hombre y mujer, cuerpo y alma, a imagen y semejanza de la Trinidad. Y al mismo tiempo Dios engloba en la unidad la duplicidad que se traduce en el ser humano en dos sexos⁷⁵.

⁷² *Ibíd.*, 49.

⁷³ Pikaza, *Las dimensiones de Dios*, 67.

⁷⁴ Cirlot, *La mirada interior escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, 232.

⁷⁵ *Ibíd.*, 233

3.2 Hombre y Mujer partícipes de lo femenino-materno de Dios

En el punto anterior se hizo alusión al texto del Génesis que afirmaba que Dios creó a hombre y mujer a su imagen y semejanza. No se señala que Dios es hombre o mujer, tampoco se menciona que es masculino, femenino; sino que se asemeja y que además, dicha semejanza es buena... Según esto, si Dios vio que todo era bueno ¿Por qué ver en lo femenino o en la mujer algo negativo, incapaz de ser imagen de Dios? ¿Este femenino, que también está en Dios puede llevar a pensar en una maternidad divina?

Ana María Rizzuto, afirma que se necesita de experiencias sensoriales para representar a Dios, a quien no se ve⁷⁶. La de Padre es sin duda, la más aceptada y difundida por la tradición judeo-cristiana. No obstante, se tiene empero, otra de igual importancia, y es la presencia de una madre en la vida de cada ser humano. Dichas experiencias sensoriales se convierten también en esa analogía que se da en Dios. Entonces, ¿Por qué no llamarlo también madre, como esa otra cualidad que lo puede llegar a integrar?

Quizá la respuesta está en que al no aceptarse a la mujer como esa imagen que refleja la femineidad de Dios, consecuencia de interpretaciones patriarcales, tampoco se posibilita una concepción femenino- maternal de su divinidad.

No hay duda que en la sociedad mundial se está pasando de una sociedad patriarcal basada en el predominio del varón, (que incluso ha invadido las esferas religiosas y espirituales marginando a veces las experiencias místicas de la mujer), a una sociedad con nuevos valores que se enmarcan en la reivindicación de su persona y que le apuesta a un equilibrio en las relaciones sociales.

⁷⁶ RIZZUTO, *Un Dios y dos géneros*, 60.

Este logro es gracias a los muchos esfuerzos de mujeres que han intentado recuperar la dignidad que la divinidad les había otorgado desde sus inicios y que se les había sido arrebatada.

La idea de concebir a Dios como femenino-materno permitirá además dar un mayor valor a la figura femenina de la mujer, contribuyendo a encontrar una equidad de género, una reciprocidad entre estos y una vida en comunión. Por ello, lo que aquí se plantea: que los dos géneros son expresión de Dios. Esto permite a las mujeres verse como manifestación de la divinidad, y posibilita también que tanto ellas como los hombres se dirijan a la graciosa realidad de Dios en su expresión femenina.

Así pues, una vez más se advierte que al descubrir lo femenino en Dios y al invocarlo como Madre, el ser humano (varón-mujer) no estaría vinculado a meros datos sexuales, sino a las cualidades femeninas y maternas que se realizan absolutamente en Dios⁷⁷, porque Dios es su destino último y en Él-Ella está la plenitud.

En ese entendido, cabe decir que ni varón ni mujer deben ser despojados del femenino que Dios ha impreso en cada uno. Es el caso en donde algunos contextos socioculturales el varón es inducido, e incluso obligado a despojarse de aquellos rasgos femeninos, que como se ha dicho, son propios de la naturaleza humana que sin duda pertenecen también a la divinidad, porque se es parte de ella. De modo que cuando esto sucede, se termina dando más preminencia a rasgos netamente masculinos que cuando se orientan mal, direccionan los comportamientos a una constante tendencia violenta, agresiva consigo mismo y con los y las demás.

Esto, por supuesto, muchas veces implica una profunda reconciliación con el femenino que cada uno tiene en su interior, en su alma; allí donde se manifiesta la divinidad, la presencia de Dios.

⁷⁷ Boff, *El Rostro Materno de Dios, Ensayo interdisciplinar sobre lo femenino y sus formas*, 103.

De la misma manera habrá que decir también que el hecho que todo hombre y toda mujer acepte su masculino y su femenino en sí mismos, también lleva a comprender que las expresiones paternas no son propias del ser hombre, tampoco que el ser mujer tenga exclusivamente manifestaciones maternas. Ambos seres participan tanto de lo masculino paterno como de lo femenino materno que hay en Dios.

Como puede verse entonces, estos aportes van en recuperación de la imagen femenino-maternal de Dios, integrándola con su paternidad. Esto ofrece nuevos horizontes que ayuden no sólo a las mujeres, sino también a los hombres a lograr en sí mismos y en relación con los demás, un comportamiento ético con un sentido de integración, complementariedad y reciprocidad.

Con todo lo dicho no se puede agotar el misterio que encierra Dios... Dios es más que masculino y femenino, es más que padre y madre; sin embargo, El hecho es que el ser humano (hombre y mujer) seguirá necesitando analogías para acercarse y relacionarse con ese misterio que puede entenderse además como Dios(a).

Ahora bien, Uno de los caminos que pueden favorecer una vivencia o experiencia espiritual en estos términos es el referido a la piedad popular, a la experiencia litúrgica y celebrativa al interior de la Iglesia como comunidad. Esta necesita hoy más que nunca reconocer a Dios en términos no sólo masculinos según la doctrina, sino también en su rasgo femenino, asumiendo este misterio como “madre mía”.

3.3 Una nueva concepción de Dios en la Iglesia para el mundo.

La religión se convierte en un medio no en un fin para ahondar en la experiencia espiritual, en la búsqueda y el encuentro con Dios. Por eso no hay duda que afecta de manera notoria cada aspecto de la vida de hombres y mujeres, incluso desde temprana edad.

Todos los seres humanos pertenecen a una cultura específica y ésta va formándoles una serie de patrones y creencias, que al mismo tiempo determinan sus actitudes, su lenguaje, su forma de ver la realidad e incluso su forma de concebir lo espiritual. Cada uno de estos aspectos marca las pautas frente al misterio y la experiencia de Dios.

En este mismo sentido, Ana María Rizzuto afirma que desde el punto de vista cognitivo, un lenguaje como función consciente, siempre logra encontrar un referente en las representaciones internas tanto del niño como del adulto para dar sentido al término, en este caso, Dios⁷⁸. Se trata entonces, de un lenguaje que logra conectar con las experiencias y con las representaciones que se imprimen por mediación de la religión y la cultura.

En la Iglesia por ejemplo, existe un lenguaje oficial para hablar de Dios, presentándolo con algunas imágenes tales como: poderoso, rey, señor, protector, padre, etc.; es decir, como masculino. Lo que demuestra que el monoteísmo cristiano ha nombrado a Dios sólo con imágenes masculinas; sin embargo, por todo lo dicho, cuesta creer y reconocer la imagen de Dios en un solo género⁷⁹. De ahí la necesidad de que la Iglesia tome conciencia de la parcialidad desde la que ha nombrado e invocado el nombre de Dios, para iniciar un trabajo de deconstrucción crítica del Dios masculino⁸⁰. Para ello, el punto de partida es la reflexión de la teología feminista y la interpretación hermenéutica que desde ésta se ha ofrecido, sumado también a las experiencias de hombre y mujeres que ya no ven a Dios sólo en masculino-paterno.

Ahora bien, aunque no se puede establecer rotundamente las causas de una patriarcalización, quizá una de las razones pueda ser de origen histórico, sociológico, e incluso político-organizativo dadas en el desarrollo de la Iglesia primitiva. Otra razón puede ser que para mantener la unidad de las comunidades cristianas frente a las controversias y herejías, se toma como modelo la relación familiar pagana y judía que se

⁷⁸ Rizzuto, *Dios y dos géneros*, 71.

⁷⁹ Vivas Albán, "De una visión masculina de la divinidad a la construcción de la diosa", 13-29.

⁸⁰ *Ibid.*, 17.

jerarquizaba en torno a la figura del padre⁸¹. De manera similar, como se dijo antes, por la influencia ejercida por la cultura e inclusive por el lenguaje tradicional de las Sagradas Escrituras y de la teología clásica.

Todo esto determina la orientación vital, no sólo de la comunidad de fe como grupo, sino también de los miembros que la componen, pues los símbolos y “el lenguaje sobre Dios resume, unifica y expresa la concepción última del misterio de una comunidad de fe, su visión del mundo y su expectativa de orden que de ésta deriva, la orientación concomitante de la vida humana y de la devoción”⁸². Por tanto, esperanzador sería si en vez de decir en el nombre del padre para invocar a Dios, se empezara a decir mejor: en el nombre de Dios Padre y Madre, con el fin de ofrecer otro tipo de lenguaje que ayude en las experiencias espirituales personales de las comunidades cristianas.

Las comunidades cristianas que conforman la comunidad eclesial en general, está integrada por hombres y mujeres que forman parte del cuerpo de Cristo, y todos, están llamados a que con su testimonio sean imagen de ese Cristo, Cabeza del cuerpo de la Iglesia (Col 1, 18). Por tanto ante esta exhortación, las primeras beneficiadas serían las comunidades eclesiales de fe, pues éstas son el fermento que mantiene viva la fe en el Cristo resucitado.

Si desde ellas se comienza a trabajar y a cambiar las concepciones que se tienen de Dios, muchas veces desvirtuadas por los procesos tradicionales y culturales, se lograría descubrir nuevos horizontes que den cabida a un discurso más integrador en la que los seres humanos sientan a un Dios más cercano con el que se identifican.

Ciertamente, a causa de la evidente limitación para conocer este misterio divino en su totalidad, será significativo e importante utilizar metáforas como las de Padre y Madre; sobre todo porque a la hora de imaginarlo a imagen de sí mismo, es decir de los seres

⁸¹ Bautista, “Dios”, 118-119.

⁸² Jhonson, *La que es, El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 18-19.

humanos (Hombre y mujer), será necesario utilizar dichas metáforas masculinas y femeninas⁸³.

Ante todo lo que se ha planteado, seguramente no faltarán las voces que mencionen y se pregunten por la persona de María a quien se le ha atribuido la maternidad de los hijos de Dios. Para los católicos, todas estas cualidades se vivencian y aceptan en la veneración de la Madre de Jesús. En las prácticas devocionales se le invoca como Madre de Dios y Madre nuestra; Madre redentora, Auxiliadora, Madre de misericordia, etc. Su presencia es experimentada como la de una madre solícita en el corazón de la Iglesia⁸⁴. Ella se convierte en un símbolo poderoso de la maternidad divina.

Sin embargo, María no puede llegar a ser como una especie de “consolación” ante este dilema difícil de resolver. María sigue siendo nuestra Madre claro, pero aquí no se hace un tratado sobre mariología; aunque sin duda, a través de ella, que también es manifestación de Dios, puede conocerse la maternidad de la que tanto se ha insistido. Dios revela el misterio supremo de sus rasgos femenino-maternos en la persona de María, incluso podría decirse que se queda en ella para poder estar físicamente al lado de su Hijo, y con éste en medio de sus creaturas compartiendo su humanidad.

Dado que se trata más bien de ofrecer una nueva palabra que ayude a generar otras experiencias en relación con la divinidad. Dios, que es Espíritu, o si se quiere, Energía y fuerza espiritual que crea y gobierna todo el universo, no puede ser visto con los ojos humanos; sólo puede ser aceptado y percibido a través de la fe. De esta manera hombres y mujeres se hallan frente al misterio y a la experiencia relacional con Dios. Por eso, desde esta misma experiencia todos los cristianos están llamados a iniciar y fomentar un proceso de evangelización en la Iglesia y en la sociedad, mostrando ahora el rostro materno de Dios.

⁸³ Mcfague, *Modelos de Dios, Teología para una era ecológica y nuclear*, 164.

⁸⁴ Jhonson, *La que es, El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 140.

Esto significa que al interior de la Iglesia no se debe temer a la iniciativa de usar un nuevo lenguaje sobre Dios en los procesos de evangelización; más aún, para tal cometido se sugiere también un cambio en el lenguaje de la liturgia, y en las diversas expresiones celebrativas. Todo esto puede llegar a dar sentido a nuevas experiencias espirituales que acercan al misterio divino, puede posibilitar un crecimiento y maduración en la fe, dando cabida a la deseada concepción de la maternidad de Dios, superando así la mención única de Padre. Esto es bueno y necesario para transformar y engendrar seres humanos nuevos para la sociedad y para el mundo.

Esto probablemente pueda ser la nueva noticia para la sociedad de esta época y las venideras; puede ser el puente para hacer a los seres humanos, hombres y mujeres, más conscientes de su integralidad, de su unidad con Dios y de su reciprocidad con el otro, con la otra.

Dios restaura a hombres y mujeres en su plena humanidad. Esto significa no sólo una humanidad nueva, sino también una sociedad nueva, unos nuevos modelos personales y sociales que pueden hacer de los rasgos femeninos-maternos de Dios una oportunidad para superar la discriminación, la injusticia, la violencia, la marginación, etc., haciendo surgir una capacidad de entrega y el compromiso de dar vida en la Iglesia y el mundo.

Dios puede reflejar sus aspectos femeninos en la misma creación, y el ejemplo más cercano en la humanidad es la mujer y lo que es propio de ella, la maternidad; ella es imagen y semejanza suya. En otras palabras, lo femenino que se conoce en la realidad tangible puede llevar al creyente a conocer a Dios y su maternidad. Por tanto, se busca que las personas, más concretamente los cristianos, logren concebir a un Dios que no llegue a ser reducido por el lenguaje humano con el hecho de decir que es Padre.

Lo materno de Dios hace que la realidad se perciba de forma diferente. “Hacer referencia a Dios con metáforas femeninas libera al misterio divino de su ancestral cárcel patriarcal, de manera que Dios puede ser verdaderamente Dios: origen incomprensible, poder sostenedor,

destino del mundo, Sabiduría sagrada, Espíritu que mora en nuestro interior, fundamento del ser, el más allá en medio de nosotros, el ser mismo, madre, matriz, misterio sagrado que rodea y sostiene el mundo”⁸⁵.

Esta monografía es la apuesta entonces, a reconocer que la raza humana ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, que viene de Dios quien llama a la existencia. Es así como toda creatura participa en grado alguno del “ser”, del dinamismo de la existencia que Dios es en esencia. Y aunque Dios no se parece a sus creaturas, esta ontología de participación hace que cada creatura participe en la perfección divina⁸⁶.

⁸⁵ Johnson, *La búsqueda del Dios vivo trazar las fronteras de la teología de Dios*, 135.

⁸⁶ Johnson, *La que es, El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, 154.

CONCLUSIONES

Al llegar al final de este camino de investigación y de reflexión teológica, se concluye que la iniciativa de proponer un lenguaje sobre Dios que descubra también su dimensión femenina y maternal, sirve a la humanidad entera. Este tema brinda a los seres humanos la posibilidad de tomar conciencia de que lo femenino en Dios también está en cada uno, porque son creaturas hechas a su imagen y semejanza. En la medida en que el ser humano (hombre y mujer) integre en sí mismo lo femenino de Dios, podrá también encaminarse a una real y verdadera experiencia comunitaria, donde también se da paso a una experiencia de perdón, de reconciliación y reciprocidad.

No aceptar esta otra dimensión, puede hacer a hombres y mujeres seres parciales e incompletos, de ahí la importancia de integrar en la persona lo femenino y lo masculino, que aunque no es Dios, pertenece a su misterio.

Una vez aceptadas las dos dimensiones ya mencionadas, puede llegar a ser más fácil la integración de la imagen que se tiene de Dios, en cuanto a su paternidad y maternidad. De igual modo, se abre así un nuevo horizonte en la experiencia fe en la que se comprende que dichos aspectos son ofrecidos a toda la humanidad como expresión de amor, de protección y de acción salvífica.

Aprender a aceptar la manifestación femenina y maternal de Dios en la vida de cada persona tal vez ayude a hombres y mujeres a tener una mejor experiencia espiritual reflejándose ésta en una mejor relación consigo mismos y con los demás. Hoy sigue siendo necesario comprender que el diálogo, la reciprocidad y las relaciones equilibradas y equiparadas entre los seres humanos son las que podrán construir una sociedad más solidaria, más amorosa y humanizada.

Otro aspecto que puede aportar el hecho de concebir a Dios con dichos rasgos femenino-maternales, es que al ser aceptados y asumidos, todos y todas las creyentes desde su quehacer cotidiano y en unidad con la Trinidad, pueden llegar a ser personas con entrañas maternales a través de actitudes donde se hagan expresos rasgos indudablemente propios del ser de Dios Madre que ama a sus hijos y los acoge en sus entrañas.

Lo que se necesita ahora, es hacer de todo este tema algo más explícito a hombres y mujeres que viven su vida cristiana desde su cotidianidad y en los diversos contextos en donde se evangeliza. Es necesario llevar esta inquietud a las personas sencillas, carentes de estudios teológicos, pero ricas en experiencias profundas de fe y espiritualidad.

Se invita entonces, a que hombre y mujeres, niños y niñas oren a Dios ahora como Padre y Madre... Desde allí puede empezarse a cambiar ese lenguaje sobre su misteriosa divinidad, la cual ha sido sesgada y limitada, para dar paso a nuevas experiencias de fe en los cristianos y en otras religiones monoteístas.

Con todo, Es hora de reconocer y aceptar que Dios Trinidad en donde todo confluye, también es nuestra Madre. Por eso digamos: Creo en Dios Padre y Madre... invocándolo como usualmente se hace... En el nombre de Dios Padre y Madre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

BIBLIOGRAFÍA

Bautista, Esperanza. “Dios”. En: *10 mujeres escriben teología*, Navarra: Editorial Verbo Divino (1993): 105-130.

Biblia de Jerusalem. Bilbao: Edición Española, Desclée de Brouwer, 1999.

Boff, Leonardo. *Femenino y masculino: una nueva forma para el encuentro de las diferencias*. Madrid: Trotta, 2004.

Boff, Leonardo, *La Trinidad, la sociedad y la liberación*. Madrid: Paulinas, 1987.

Boff, Leonardo. *El Rostros Materno de Dios, Ensayo interdisciplinar sobre lo femenino y sus formas*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1984.

Boff, Leonardo. “Masculino/femenino: o, ¿Qué es el ser humano?”. En: *Teología y género, Revista Alternativas, LASCASIANA*. Managua (2004): 91- 106.

Cirlot, Victoria. *La mirada interior escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*. Madrid: Ediciones Siruela, 1955.

De Matos, María Izilda. “De la invisibilidad al género: Odisea del pensamiento. Recursos y posibilidades de las ciencias sociales contemporáneas”. En: *Teología y género, Revista Alternativas, LASCASIANA*, Managua (2004): 9-40.

Deifelt, Wanda. “Temas y metodologías de la teología feminista.” En: *Teología y género, Revista Alternativas, LASCASIANA*. Managua (2004): 61-124.

Elizondo, Feliza. “Lo femenino y la imagen de Dios.”, en: *La mujer, nueva realidad, respuestas nuevas*, Madrid: Fundación Castrovere, (1993): 377 – 385.

Gebara, Ivone. *Intuiciones ecofeministas: ensayo para repensar el conocimiento y la religión*. Madrid: Trotta, 2000.

Haight, John. *What is God? How to think about the Divine Y Dios ¿Qué es? Cómo pensar sobre lo divino*, Traducción de José Cosgaya García, Madrid: Biblia y fe, 1989.

Idigora, Jose Luís. *Mujer religion y Liberación*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1974.

Irrazabal, Diego. “Justicia de género e identidad masculina.” En: *Teología y género, Revista Alternativas*. Managua (2004):107- 124.

Jhonson, Elizabeth. *La que es, El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*. Traducido por Morla, Víctor. Barcelona: Ed. Herder, 2002.

Johnson, Elizabeth, *La búsqueda del Dios vivo*, Traducido por Milagros Amado Mier. España: Editorial Sal terrae, Santander, 2008.

Knight, Jennie S. *Feminist mysticism and images of God a practical theology*. Missouri: Ed. Chalice Press, 2011.

Lynn, Patricia. *Un Dios que se parece a mí, descubriendo el rostro femenino de Dios*. Colección taller de la Hechicera. Madrid: Gaia Ediciones, 1999.

Mcfague, Sallie, *Módelos de Dios Teología para una era ecológica y nuclear*. España: Editorial Sal Terrae, 1987.

Moltmann, J. “El Padre materno”, *Concilium*, 163 (1981): 384.

Navarro, Mercedes. *Barro y Aliento, Exegesis y antropología teológica de Génesis 2-3*. Madrid: Paulinas, 1993.

Nouwen, Henri, *El regreso del hijo pródigo meditaciones ante un cuadro de Rembrant*. Madrid: Editorial PPC, 1994.

Norwich, Juliana. *Libro de visiones y revelaciones*, edición y traducción de María Tabuyo, Madrid: Editorial Totta, 2002.

Parra, Alberto, S.J., *Textos, contextos y pretexto, Teología fundamental*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2003.

Pikaza, Javier, *Las dimensiones de Dios*. Salamanca: Ediciones sígueme, 1973.

Rizzuto, Ana María. “Un Dios y dos géneros”. En: *Religión, género y sexualidad*, Carlos Schickendantz, Ed. Educ, Universidad Católica de Córdoba, Argentina, (2004): 59-73.

Rovira Belloso, José M, *Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2008.

Schüssler Fiorenza, Elisabeth. *Pero ella dijo*. Madrid: Trotta, 1996.

Shlain, Leonardo. *El alfabeto contra la diosa, el conflicto entre la palabra y la imagen, el poder masculino y el poder femenino*. Barcelona: Debate, 2000.

Soto, Carme. “La teología feminista: Dios ya no habla en Masculino”. *Selecciones de teología*, Barcelona Vol. 49 No. 194 (Abril – Junio 2010): 136-148.

Storr, Anthony. *Jung*. Barcelona: Editorial Grijalbo, 1974.

Tepedino, Ana María. “¿Quién dicen las mujeres que soy yo?” En: *10 palabras clave sobre Jesús de Nazaret*, Tamayo Acosta (director) Editorial Verbo Divino. Navarra (1999): 415 – 452.

Velez, Olga. *El Método teológico, fundamentos, especializaciones, enfoques*. Colección Teología Hoy No. 63, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2008.

Vieira Sampaio, Tania Mara. “Horizontes en discusión en el arte de hacer teología”. en: *Teología y género, Revista Alternativas, LASCASIANA*, Managua, (2004) 79-90.

Vivas Albán, María del Socorro. “De una visión masculina de la divinidad a la construcción de la diosa”, en: *Colección teología y Sociedad. Teología, género y religión*, Cali: PUJ, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, (2008): 11- 29.

Vivas Albán, María del Socorro. “Género y teología”. En: *Theologica Xaveriana. Género y feminismo: una mirada teológica*. No. 140, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana (2001): 525-544.